



Etnia e identidad en Iberia / Hispania: un recorrido historiográfico

Gonzalo Cruz Andreotti¹

Recibido: 12 de septiembre de 2022 / Aceptado: 7 de mayo de 2023

Resumen. Un recorrido exhaustivo de la producción historiográfica sobre la etnografía antigua hispana es imposible dado el límite de estas páginas. Nuestra intención, en última instancia, es explicar en términos historiográficos los que consideramos grandes hitos o cambios de paradigma desde los inicios del siglo XX hasta llegar a la actualidad, con la eclosión de las identidades como tema central.

Palabras clave: historiografía española; siglos XX y XXI; identidad; etnicidad; pueblos prerromanos de la península ibérica; romanización.

[en] Ethnicity and Identity in Iberia / Hispania: A Historiographical Overview

Abstract. An exhaustive survey of the historiographical production on ancient Hispanic ethnography is impossible given the limits of these pages. Our intention, ultimately, is to explain in historiographical terms what we consider to be the major paradigm shifts from the beginning of the 20th century to the present day, with the emergence of identities as a central theme.

Keywords: Spanish historiography; 20th and 21st centuries; identity; ethnicity; pre-Roman peoples of the Iberian Peninsula; Romanisation.

Sumario. 1. Identidad y etnia en la primera mitad del siglo XX: esencialismo, difusionismo e historicismo positivista. 2. Los cambios a partir de los 50. 3. Nuevos enfoques: el final de las identidades homogéneas. 4. Dónde estamos ahora. 5. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Cruz Andreotti, G. (2023): “Etnia e identidad en Iberia / Hispania: un recorrido historiográfico”, *Gerión* 41(2), 337-363.

¹ Universidad de Málaga
E-mail: g_andreotti@uma.es
ORCID: 0000-0002-4477-0715

Es una obviedad, por contundente, que la identidad y sus diversas manifestaciones han ocupado y ocupan un lugar central en el debate histórico e historiográfico español, y más en los últimos años.² Es indiscutible que se hace necesario una y otra vez un acercamiento historiográfico al tema. Pero también es incontestable que un recorrido historiográfico exhaustivo es inabarcable, incluso cuando hablamos de un tema específico como es el papel jugado por la etnografía antigua hispana. Nuestra intención, en última instancia, es explicar en términos historiográficos los que consideramos grandes hitos o cambios de paradigma hasta llegar a la actualidad, con la eclosión de las identidades como tema central.³

Qué duda cabe que la publicación en *Complutum* (2-3) del resultado del Congreso de 1989 sobre Paleoetnología de la península ibérica celebrado en Madrid fue un verdadero hito historiográfico y científico. El mismo organizador y co-editor lo explicó en la introducción:

El estado actual de nuestros conocimientos puede considerarse que se basa en los nuevos planteamientos de Adolfo Schulten y Pedro Bosch Gimpera que intentaron, a partir de los años 1920, aunar la nueva información que ofrecía la Arqueología Prehistórica con los datos lingüísticos y las noticias proporcionadas por los historiadores y geógrafos del mundo clásico. De acuerdo con los conocimientos de entonces, los trabajos de P. Bosch Gimpera, básicamente su «Etnología de la Península Ibérica», publicada en 1932, pasaron a ser obras de referencia obligada. Sin embargo, científicamente estos trabajos quedaron ya superados teóricamente hace muchos años, pues no pudieron soportar los datos aportados por la creciente investigación en el campo de la Arqueología y posteriormente también de la Lingüística;

y añade, también, como justificación:

conocer el proceso de formación de las etnias peninsulares, de gran importancia en la revalorización histórica y cultural que actualmente se lleva a cabo en la mayor parte de las comunidades autónomas.⁴

Es decir: casi sin querer, el editor nos aclara que no es un problema puramente de renovación de los saberes de una disciplina; también estamos hablando de identidades modernas que bucean en la Antigüedad –una vez más– y hallan aquí un nuevo hilo de continuidad.

² Proyecto de investigación: Geografía y etnografía antiguas de la Península ibérica de Eratóstenes a Ptolomeo: describir el espacio y dibujar el mapa (PID2020-117119GB-C21).

³ Desde la celebración en Madrid en 1988 del 1er. Congreso de Historiografía y Arqueología en España (Arce – Olmos 1991), los estudios de historia de la historiografía de las Ciencias de la Antigüedad se han multiplicado exponencialmente. Cabe destacar los trabajos de M. Díaz-Andreu, J. Cortadella, y F. Gracia Alonso en Barcelona; A. Duplá Ansuátegui en el País Vasco; G. Pasamar e I. Peiró en Zaragoza; J. Alvar, Jorge Maier, Gloria Mora, G. Ruiz Zapatero o M. Fernández Götz en Madrid; A. Ruiz y J.P. Bellón en Jaén; J. Beltrán Fortes, E. Ferrer Albelda y F.J. García Fernández en Sevilla; F. Wulff Alonso, M. Álvarez Martí-Aguilar o B. Mora Serrano en Málaga, entre otros.

⁴ Almagro-Gorbea 1992, 7 y 8.

La elaboración de una narrativa histórico-identitaria, con héroes y villanos, ha sido y es una de las motivaciones de la historia como disciplina desde que esta última se construye como ciencia social moderna, en el marco del desarrollo de la idea de nación como ente colectivo.⁵ España no ha estado ajena a todo ello, aunque su caso es singular porque constituye un estado-nación fallido, enfrascado en continuas crisis políticas, territoriales, insurrecciones militares, enfrentamientos sociales, hasta desembocar en una cruenta Guerra Civil y una dictadura que agudizó, más si cabe, sus problemas estructurales. Y esta particular historia española ha hecho que la historiografía hispana tenga unas características propias. Como todas, ha ido creando sus mitos de origen, sus héroes y sus gestas; su pasado glorioso y su decadencia,⁶ pero, a diferencia de los países de su entorno, no llegó a cuajar definitivamente entre las élites políticas e intelectuales una narración histórica común y compartida por todos en los momentos claves de la construcción del estado contemporáneo. La pregunta obsesiva sobre “qué fue y qué es España” y su regeneración, con respuestas antagónicas en la narrativa histórica, recorre de manera ininterrumpida los ambientes políticos, culturales y, como no, historiográficos durante los siglos XIX y XX, y no es más que el síntoma de la imposibilidad de alcanzar un consenso en torno a la idea de lo nacional.⁷ La dictadura franquista, pretendiendo imponer una lectura única y excluyente, no hizo más que agravar la cuestión hasta niveles difíciles de alcanzar, y aún hoy en día estamos pensando por ello.

1. Identidad y etnia en la primera mitad del siglo XX: esencialismo, difusionismo e historicismo positivista

Pero vayamos a la Antigüedad. Desde el cambio de siglo y hasta la Guerra Civil, y acorde con el espíritu y la práctica regeneracionista que se va extendiendo entre las élites intelectuales de finales del XIX, se va produciendo un lento proceso de institucionalización y extensión de los estudios de la Antigüedad. En particular es fundamental el progresivo desarrollo de una Arqueología prehistórica y clásica científicas (equiparables a la europea con el abandono del anticuarismo decimonónico), en torno a las cátedras de Historia Primitiva y Arqueología o Historia Antigua y Medieval Universal en las Universidades de Sevilla, Central de Madrid y Barcelona, la aprobación y aplicación de los primeros reglamentos de excavaciones (1911-12), así como la implantación de instituciones como la Junta de Ampliación de Estudios, el Centro de Estudios Históricos y la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, en Madrid, o el Institut d'Estudis Catalans, en Barcelona. De una u otra forma todos ellos, en particular, permitieron la toma de contacto de algunos investigadores con las Universidades extranjeras, en especial las alemanas, que tanta

⁵ Estamos con Anderson 1991² en considerar la nación y el nacionalismo como un fenómeno moderno, aunque recupere para el relato del pasado remoto elementos premodernos de naturaleza distinta –étnicos, incluso– pero que adquieren –lo que es consubstancial a la identidad– nuevos significantes (cf. Smith 1986, parte II). Para el uso de la Historia ver el ya clásico de Hobsbawm - Ranger 2021 (orig. 1982), que sigue siendo sugerente.

⁶ Ya sabemos que da vueltas (y la adjetivación es adrede) alrededor de los visigodos y la primera unidad y cristianización de España; la invasión árabe, la Reconquista y los Reyes Católicos; el Imperio americano, los Habsburgo, el XVIII decadente y la Guerra de la Independencia *liberadora* (la cursiva es nuestra).

⁷ Al majestuoso ensayo de Álvarez Junco (2016¹⁴), hay que sumar ahora una síntesis que llega hasta los problemas político-identitarios del presente: Álvarez Junco 2022. Ver también el amplio apartado de Álvarez Junco – de la Fuente Monge 2013, 5-437, especialmente 329-404 (desde comienzos del siglo XX hasta el primer franquismo).

influencia tuvieron conceptual y metodológicamente en la articulación de las bases científicas de un pensamiento esencialista e histórico-cultural. Es ahora cuando, abandonando el monumentalismo, el anticuarismo y el romanocentrismo anterior, la arqueología de los pueblos prerromanos empieza a tomar cuerpo porque, como veremos, su estudio tiene un trasfondo ideológico y político central.⁸

Ciertamente la Antigüedad no ha sido el eje vertebrador del mito nacional (o de los mitos nacionales),⁹ pero se ha acudido a ella para encontrar ciertos elementos identificadores fundacionales: el carácter primitivo del español y algunos de sus males endémicos y virtudes originarias. Esta búsqueda obsesiva de la psicología de lo español en los pueblos primitivos se intensifica después del 98 en los ambientes historiográficos y políticos, con planteamientos más “progresistas” (J. Costa o R. Altamira) o “conservadores” (Menéndez Pidal),¹⁰ y corre paralelo a la indefinición de un modelo de Estado nacional que, en España, llega con retraso y con unas estructuras políticas y económicas muy débiles dadas las vicisitudes históricas del siglo XIX. La clave, en lo que a la protohistoria peninsular se refiere, no es tanto dilucidar quiénes han contribuido más a los grandes hitos nacionales del pasado (Sagunto, Numancia, Viriato –suficientemente “estudiados” desde el XVI–), sino sobre todo en qué partes de esa España heterogénea estaba la semilla de los éxitos posteriores y, especialmente, del modelo del futuro: si en los pueblos célticos del interior, guerreros irreductibles e individualistas, o en los ibéricos del litoral mediterráneo, pacíficos, hospitalarios y cultivados.¹¹ La función atribuida a Roma es compleja. Por un lado, es el invasor sin escrúpulos, pero, al final, el primer vertebrador del territorio (lengua, ciudades, calzadas...), pacificador y portador de cultura y transmisor del cristianismo, aunque España como tal “sólo consiguió existir como unidad histórica cuando se desgarró de la matriz romana y alcanzó la vida autárquica”.¹² El carácter guerrero del español es una de sus virtudes más sobresalientes, puesto que asegura la independencia; el individualismo y la desunión, uno de los defectos que le llevarán a ser continuamente invadidos.¹³ Si nada de esto es nuevo,¹⁴ ahora se trata de releer las fuentes literarias – siempre desde una perspectiva historicista– acompañadas de una nueva arqueología pre- y protohistórica.¹⁵

⁸ Ver Díaz-Andreu García *et alii* 2009, 30-36; Díaz-Andreu García 2002, 38-41; Beltrán Fortes 2017, 59-84 y el extenso análisis de Gracia Alonso 2021, para toda la estructura institucional, desde la segunda mitad del XIX hasta la guerra civil, muy bien contextualizada en el trasfondo político y las repercusiones historiográficas que estamos comentando acerca del conjunto de tensiones generados por la ausencia de una narrativa nacional consensuada (especialmente las conclusiones en 653-671).

⁹ Numancia o Sagunto, por poner los ejemplos más conocidos, no son comparables con la llamada Reconquista o la conquista de América, por citar algunos. Sobre el papel historiográfico de la Antigüedad ver la espléndida monografía de Wulff 2003 al respecto, especialmente los caps. 3 y 4. Una síntesis en García Fernández – Fernández Götze 2010, 54-59.

¹⁰ Pasamar Alzuria 2004, 299-381.

¹¹ El caso ibérico está lleno de matices, puesto que en términos de legitimación identitaria no es lo mismo la consideración del euskera como la “primera lengua” peninsular que defendía Sabino Arana (y que alimenta paradójicamente también la concepción contraria del vasco como primer y más primitivo pueblo español), que los iberos de Prat de la Riba y Bosch Gimpera como “primeros catalanes” o el paniberismo españolista de Gómez Moreno (ver Ruiz Rodríguez – Bellón Ruiz – Sánchez Vizcaino 2006, 42-49).

¹² Sánchez Albornoz 1949, 5.

¹³ Wulff Alonso 2003.

¹⁴ Álvarez Junco 2016¹⁴ para toda esta mitología de los orígenes desde el XVIII hasta el XIX.

¹⁵ Es significativa la edición ininterrumpida desde 1922 de las *Fontes Hispaniae Antiquae* (a imitación de los *Monumenta germanos*) elaborada por A. Schulten y promovida por Bosh, y que recogieron todas las fuentes referidas a Iberia / Hispania desde Homero hasta Bizancio, siguiendo los criterios de la *Quellenforschung*

Si hay un autor significativo en el que hay que detenerse, por el nivel de su argumento y por la influencia posterior, éste será P. Bosh Gimpera. Catedrático de Historia Antigua y Medieval de la Universidad de Barcelona y director del *Institut d'Estudis Catalans* desde 1915-1916, su labor científica hay que marcarla en el nuevo ambiente del “noucentisme” modernizador catalán y de la reclamación histórica y política de Cataluña, en lo que participó activamente como Rector y Conseller durante la República y tras exiliarse después de la Guerra Civil. Impulsó una arqueología científica europea según los parámetros del momento desde las instituciones catalanas (a través del *Servei d'Investigacions Arqueològiques*) y, en los términos de lo que estamos hablando, destacaba el vigor de los pueblos ibéricos (a los que procuró delimitar por su “cultura arqueológica”, un hecho novedoso para la época),¹⁶ en particular los de la periferia mediterránea, frente a una romanización que calificaba de “superficial” (como todo lo que vino después). Aunque no dejaba de abrazar un historicismo y esencialismo comúnmente asumidos, en su caso era a favor de los “pueblos primitivos ibéricos”, lo que significaba una ruptura evidente con el sentir historiográfico mayoritario que ve en el centro (luego Castilla) la semilla de la España eterna.¹⁷

2. Los cambios a partir de los 50

Dejando a un lado el esencialismo, historicismo y nacionalismo etnicista y panceltista militante del primer franquismo,¹⁸ con un recorrido historiográfico muy breve y polémico,¹⁹ y cuando la Universidad empieza a retomar un cierto impulso en los años 60 –diezmada como había sido durante los primeros años de la Dictadura–,²⁰ el debate planteado en estos términos parece que pierde centralidad e ideología, aunque no desaparece. Una arqueología prerromana científica, puramente factual, empieza a dominar el panorama de los estudios sobre los pueblos peninsulares. Gana terreno una metodología y una terminología científicas acordes a los tiempos,

alemana. Sería largo de explicar, y no es lugar, tanto los errores metodológicos que implica este método a la hora de entender la transmisión textual (*vid.* n. 89) como, sobre todo, las perniciosas lecturas históricas que permite su criterio selectivo. Para todo ello ver Cruz Andreotti – Castro-Páez 2022.

¹⁶ Un detalle interesante: la obra de A. Schulten, *Hispania. Geografía, etnografía e historia* (1920), versión (ampliada) de la voz “Hispania” del *Pauly Wissowa*, y editada por P. Bosh, incluía significativamente un anexo de la arqueología prerromana elaborado por el propio Bosh para dotarla de novedosos contenidos materiales.

¹⁷ En su obra de 1932, entre otras. *Cf.* la respuesta tardía –y algo confusa– de Blázquez Martínez 1969 volviendo a Sánchez Albornoz 1949 y 1959. Para Bosch ver Cortadella Morral 2003, X–CCLIV y Gracia Alonso 2011.

No es contradictorio que Bosh promoviera siempre desde Barcelona a un personaje de una gran influencia en España y larguísima trayectoria como fue A. Schulten, representante del esencialismo alemán más tradicional y del academicismo metodológico más ortodoxo (*vid.* n. 15): ambos participan de esa identificación entre pueblo/etnia-cultura material-lengua-territorio, aunque para Schulten desde posiciones radicalmente diferentes a las suyas. Una frase resume muy bien cuál era la indisimulada postura del profesor de Erlangen: “los iberos culturalmente son inferiores a los celtas y germanos. España no debe su cultura a los iberos, la debe a los griegos y romanos y a otras influencias indogermánicas posteriores” (Schulten 1945, 26). Ver en extenso para el personaje Wulff Alonso 2004, IX–CCLVI. Y para todo el periodo hasta la Guerra Civil: García Fernández – Fernández Götz 2010, 59-63.

¹⁸ Ver Mederos Martín 2003-2004, 13-56 para Santa Olalla, o Cortadella Morral 1988, 17-26 y Mederos Martín 2011-2012, 335-416 para Martín Almagro Basch. En general, para el uso de la Antigüedad en la España franquista ver la obra colectiva Wulff Alonso – Álvarez Martí-Aguilar 2003.

¹⁹ Para la arqueología y sus personajes de esta primera época: Gracia Alonso 2009.

²⁰ Casi la mitad de los 580 catedráticos que estaban en activo en 1935 habían desaparecido en 1940 (dato de Álvarez Junco 2022, 110).

observándose un abandono explícito de las fuentes literarias y del historicismo más radical de posguerra, y una concentración casi exclusiva en la delimitación de la “cultura material” de unos pueblos de los que, por otro lado, no se discutía su existencia histórica, pero que ahora tenían personalidad cultural propia.²¹ La transición la marcan arqueólogos como L. Pericot o J. Maluquer, precisamente discípulos de Bosch, que demandarán ya desde los 50 la atención exclusivamente arqueológica a las culturas periféricas (especialmente el mundo ibérico y Tarteso), a su delimitación cultural y a la influencia de agentes externos (indoeuropeos, fenicios y griegos) como paso previo a cualquier definición histórica. La renuncia explícita al esencialismo étnico lo será a favor de una combinación de difusionismo y autoctonismo para explicar el origen de los pueblos ibéricos.²² A ello no es ajeno el proceso de institucionalización y desarrollo diferenciado de unas disciplinas como la Prehistoria y la Arqueología Clásica.²³ Esta última aún mantiene los usos de la arqueología filológica, pero la primera –que nutre a los protohistoriadores hispanos con una nueva formación metodológica (en muchos casos alrededor del Instituto Arqueológico Alemán o de la Casa de Velázquez)– se aleja sensiblemente de ella. La arqueología protohistórica estuvo presa mucho tiempo de un enfoque positivista que, a lo más que llegaba, era a profundizar en la delimitación de la cultura material de los pueblos hispanos. Es revelador el hecho de que la visión de Roma adquiere tintes más “neutros” y menos polémicos, a lo que no es ajeno el esfuerzo renovador de A. García y Bellido para la Arqueología clásica y, después, de J. M^o Blázquez para cuando la Historia Antigua como tal se institucionaliza: se trataría de caracterizar arqueológicamente la romanización y sus distintos factores,²⁴ y revalorizar las provincias hispanas en comparación con el resto del Imperio. La romanización, entendida como la transición gradual y progresiva hacia formas de vida romanas que ya definiera para Hispania Th. Mommsen²⁵ –y donde lo indígena únicamente “pervive” en algunas formas culturales y religiosas no estructurales–, se construye científicamente a partir de eso que se llamaban “factores de romanización”.²⁶

Caso aparte, y muy importante aunque aislado en las fechas en las que escribe, es el de Marcelo Vigil, filólogo de formación y catedrático de Historia Antigua de las Universidades de Granada y Salamanca. En un estudio sobre las estructuras sociales indígenas de los pueblos del norte,²⁷ discrepa con quienes consideran la romanización como un fenómeno uniforme, piensa que los factores son meras “estructuras jurídico-políticas” y defiende, incluso, que “si consideramos ésta [la romanización] no como una simple imitación de las formas más exteriores de cultura, sino como un cambio profundo en las estructuras económicas y sociales del país, sin el cual aquella sería imposible o no pasaría de la superficie”,²⁸ está claro que sus efectos son desiguales, puesto que hay organizaciones sociales prerromanas que en algunas zonas permanecen, particularmente las del norte de la península. Esto

²¹ Ver Ruiz Rodríguez –Sánchez Vizcaíno – Bellón Ruiz 2006, 81-85.

²² Significativo: Maluquer de Motes 1955. García Fernández – Bellón Ruiz 2009, 75-132, especialmente 80-94; García Fernández – Fernández Götz 2010, 65-68.

²³ Ver, entre muchos, Mora Rodríguez – Díaz-Andreu García 1997; Belén Deamos – Beltrán Fortes 2007; García Santos 2021.

²⁴ En trabajos como los de A. Balil Illana (1956) o J. M. Blázquez Martínez (1962), por ejemplo.

²⁵ Mommsen 1886.

²⁶ Ver para todo ello Gozalbes Cravioto – González Ballesteros 2007; Bendala 2006.

²⁷ Vigil Pascual 1963, 225-234.

²⁸ Vigil Pascual 1963, 233.

tiene unas consecuencias trascendentales –más allá del discutido análisis gentilicio de las sociedades astur-cántabras y vasconas–, en un momento donde el modelo imperante lo resumían muy bien los trabajos de C. Sánchez Albornoz.²⁹ La idea de la “Reconquista” como el proyecto de recuperación de la España perdida por los godos –pilar del debate historiográfico hasta la fecha, con todos los matices que se quiera–, empieza a no sostenerse: no ha existido nunca una “España eterna” como tal con sus orígenes en la Antigüedad, sino un conjunto de procesos históricos desiguales en distintas zonas, hasta el punto que Roma, en algunos casos, pasa desapercibida. No había, por tanto, nada que reconquistar.³⁰ Pero, además, en el contexto ideológico e historiográfico español oficial, esta perspectiva de la historia como “ciencia social” que estudia procesos históricos en términos dinámicos (como llevaría haciendo *Annales* varios decenios), o el uso de conceptos como “asimilación” o “resistencia” para definir el choque socio-cultural (muy en consonancia con tiempos anticolonialistas europeos que rescatan al indígena y sus resistencias frente a los poderes imperiales), no es ya sólo una ruptura evidente, sino que tendrá un efecto multiplicador en las siguientes generaciones de historiadores de la Antigüedad, nacidos de la reciente creación institucional de la Historia Antigua como disciplina académica.³¹

En la Universidad española entre los años 60 y 70 irá creciendo un importante y continuo movimiento de oposición al régimen franquista, político pero también intelectual, en parte protagonizado por una generación de profesores y estudiantes que no vivieron la Guerra Civil ni prácticamente las primeras etapas del franquismo. Es por ello que, aunque con cierto retraso, y en paralelo al fenómeno de “liberalización” del Régimen, aquí también llegan los aires de un pensamiento renovador proclive a una lectura más abierta e interdisciplinar de la vieja disciplina positivista (y no sólo relejando a Marx y el marxismo desde un punto de vista anti-estalinista), y con unos efectos prometedores en el campo de la Arqueología, la Sociología, la Antropología cultural y social o la Historia Antigua. Se traducen textos o monografías de Revistas, aparecen editoriales que recogen tales novedades (el caso de Akal es significativo), se organizan debates (donde se plantea explícitamente la necesidad de la discusión metodológica) o, incluso, se promueve publicaciones colectivas donde profesores españoles empiezan a participar.³² La consecuencia más inmediata no sólo será la asunción definitiva de los factores económicos, sociales, ecológicos o culturales como elementos decisivos en la explicación de los procesos históricos, en detrimento de los puramente político-institucionales o militares al uso, sino también la apertura a planteamientos interdisciplinares en los distintos campos del saber que hasta la fecha funcionaban como compartimentos estancos, y la obligación de asumir una permanente reflexión teórica y una renovación historiográfica.³³ Este ambiente será el que permitirá el gran salto que se dará a partir de los años 80, y que están

²⁹ Sánchez Albornoz 1949; 1959.

³⁰ En una monografía de gran impacto con A. Barbero (1978) se extiende en la cuestión para defender, precisamente, que ésta es una de las razones de las particularidades del feudalismo hispano.

³¹ Ver Prieto Arcineaga 1998, 141-154; Wulff Alonso 2003, 248-253.

³² Para este contexto, en especial para la Historia Antigua, ver Duplá Ansuátegui 1979, 155-169: es de destacar el papel jugado por los *Coloquios de Historia Antigua* celebrados bajo los auspicios de Julio Mangas en la Universidad de Oviedo y su publicación en la revista *Memorias de Historia Antigua* de dicha Universidad; para la arqueología ver García Fernández – Bellón Ruiz 2009, 94-99.

³³ Que se celebre en España en 1974 el VIº Congreso Internacional de Estudios Clásicos con el sugerente título *Assimilation et résistance à la culture gréco-romaine dans le monde ancien* (editado en Bucarest 1976), no parece casual.

protagonizado en la universidad española por una nueva remesa de arqueólogos e historiadores, ya casi todos formados en el extranjero, y, sobre todo, desvinculados jerárquica y académicamente de las grandes “cátedras del saber”.³⁴

3. Nuevos enfoques: el final de las identidades homogéneas

A partir de aquí, y en el tema que nos ocupa, los cambios se podrán observar más en la práctica historiográfica que en torno a discusiones conceptuales o metodológicas, que también los habrá. Por ello, hacer un recorrido exhaustivo es materialmente imposible: la casuística local es inabarcable. Preferimos ejemplificarlo en torno a dos zonas con un valor historiográfico particular y que explican muy bien los cambios.

No hay que repetir, por conocido y dicho, la centralidad de la cuestión tartésica en la historiografía española. Ya se encargó Schulten de darle el caché científico de la época a una idea inmemorial de la historiografía hispana: frente a una península del interior salvaje y bárbara, en el sur teníamos la más antigua civilización occidental, en paralelo a lo que ocurría en la Grecia arcaica.³⁵ El famoso Congreso de Jerez propiciado por Maluquer en 1968 (*Tartessos y sus Problemas*, Barcelona 1969) significó el abandono explícito del historicismo schulteniano (¡que viene de 1922!), lo que dio lugar a que el esfuerzo se concentrara en la delimitación de su “cultura arqueológica original”.³⁶ Y desde aquí hasta que desde finales de los 80 se desarrollan una serie de trabajos que conducen definitivamente a la superación de este panorama historicista y autoctonista imperante, muy influidos por el procesualismo y la antropología funcionalista. Se empiezan a asumir categorías como la de “orientalizante”,³⁷ o la de “aculturación selectiva”,³⁸ que permitieron acercarse al fenómeno tartésico como un acelerado cambio de los patrones económicos, sociales, demográficos y territoriales del bronce final de las sociedades meridionales en camino de constituir comunidades complejas protourbanas, inducido por los fenicios pero protagonizado por las poblaciones autóctonas.³⁹ Pero nada de ello hubiera sido posible si, al mismo tiempo, los fenicios dejaban de ser meros “agentes comerciales de Tiro” para constituir auténticas comunidades poliadas en torno a un “marco fenicio-occidental”, y donde la interacción / transformación con / del territorio y sus gentes es clave.⁴⁰ La derivada es obvia: la nítida frontera que se establecía (y se reforzaba a partir de una “cultura material” singular)⁴¹ entre colonizadores e indígenas empieza a diluirse. Apuntemos sólo algunos hitos. La más que posible presencia fenicia en el

³⁴ Es el efecto de tres factores que se dan al unísono: la ruptura con el modelo académico tradicional que implicó la primera ley de reforma universitaria de 1983, la multiplicación de universidades por todo el territorio nacional y el aumento más que significativo de los presupuestos de investigación.

³⁵ Schulten 1924. Para todo ello Álvarez Martí-Aguilar 2005.

³⁶ La famosa frase que circuló por el Congreso, “déjate de Avieno y husmea el terreno” –emitida al parecer por K. Clauss–, lo dice todo.

³⁷ Aubet Semmler 1977-78, 81-107.

³⁸ Aubet Semmler 1984, 445-468; González Wagner 1986, 129-160; 1991, 683-689.

³⁹ González Wagner 1983, 3-36.

⁴⁰ Domínguez Monedero 2003, 19-60; 2006, 49-78; López Castro 2001, 57-68, entre otros.

⁴¹ Se ha tenido que dar un paso conceptual y metodológico substancial: la “cultura material” no es una realidad cerrada delimitadora en sí misma, sino abierta, condicionada por el proceso histórico. No se trataba, por tanto y por ejemplo, de hallar qué define lo “tartésico” en oposición a lo “oriental”, o lo “indígena” frente a lo “romano”, sino en explicar los puntos de encuentro.

valle del Guadalquivir,⁴² sea en asentamientos propios o compartidos y los efectos directos más allá del “núcleo fundacional tartésico”,⁴³ el cambio de “estatus” de uno de los yacimientos emblemáticos del mundo tartésico, como es el de Carambolo considerado ahora un santuario fenicio;⁴⁴ los estudios sobre el hinterland de las ciudades fenicias y la participación activa de las poblaciones autóctonas; el papel de la Huelva tartésica como verdadero emporio internacional,⁴⁵ o la importancia cada vez más central de la otrora llamada periferia tartésica –particularmente el entorno del Guadiana–⁴⁶ (pero también Portugal o incluso el noroeste), entre otros muchas novedades, denota que ya no podemos hablar de mundos cerrados y compactos a la hora de referirnos al complejo panorama socio-cultural que, en algunas zonas como el valle del Guadalquivir, parece ir más allá de un mero contacto cultural, aunque muy intenso: hablar de comunidades híbridas ya no es un anatema, como es discutible establecer fronteras étnicas claramente delimitadas. Lo más interesante es que, además, todo ello repercutió en la redefinición de lo turdetano, una categoría etno-cultural hasta ahora siempre vinculada con lo ibérico prerromano.⁴⁷ Asimismo, se empezó a considerar la importancia de lo púnico⁴⁸ o la fortaleza de lo fenicio post-colonial en la configuración de las comunidades meridionales⁴⁹ (¿turdetanas?) hasta al menos la época augustea, y, por ello también se vuelve a cuestionar el papel desempeñado por Roma cuando se encuentra una diversidad de identidades cívicas en el territorio más poblado de contingentes itálicos.⁵⁰ En este contexto es indudable que había que volver a discutir la operatividad y la funcionalidad de unas etnias, sus fronteras y sus identidades, que, no olvidemos fueron llamadas como tales por Roma: ya no está tan claro que podamos seguir empleando categorías étnicas usadas como tales hasta entonces como “tarteso / tartésico”, “fenicio / fenicios”, púnico o turdetano, y hubo que volver a preguntarse dónde están y cómo definimos sus identidades y que parámetros arqueológicos usamos.⁵¹

Ya hemos hablado del papel historiográfico que cumplieron los que tradicionalmente se llamaban “pueblos primitivos”, en particular los de la meseta y el norte peninsular, el corazón de España. Tradicionalmente agrupados bajo el común

⁴² Los trabajos de Alvar Ezquerro – González Wagner (1988, 169-185) y González Wagner – Alvar Ezquerro (1989, 61-102) muy criticados por la arqueología del momento, fueron claves en este sentido.

⁴³ Celestino Pérez 2008, 25-38.

⁴⁴ Fernández Flores – Rodríguez Azogue 2005, 843-862.

⁴⁵ González de Canales *et alii* 2003.

⁴⁶ El impresionante yacimiento de El Turuñuelo, más incluso que el de Cancho Roano (ambos en Badajoz), ha significado un revulsivo espectacular. Ver Celestino Pérez – Rodríguez González 2019, 45-60.

⁴⁷ García Fernández 2007, 117-143; Ferrer Albelda – García Fernández 2002, 133-151. Asumiendo, por pura comodidad, el nombre, en realidad este étnico “aglutinante” de buena parte de la diversidad étnica meridional es una “creación” de la geografía e historiografía helenística (Polibio, Artemidoro, Estrabón, Ptolomeo) que, significativamente, no pasó a la romana (Plinio) ni, por supuesto, tiene base epigráfica, excepto en un caso de lectura muy dudosa (*CIL* II 760). Ver Moret 2011, 235-248.

⁴⁸ Ferrer Albelda 1998, 31-54. Se contaba con el precedente de los trabajos de Bendala Galán (por ejemplo: 1982, 193-203), durante mucho tiempo ignorados.

⁴⁹ Ver una síntesis reciente en Machuca Prieto 2019.

⁵⁰ Una actualización al respecto en Cruz Andreotti (ed.) 2019.

⁵¹ La progresiva conversión de “tartésico” en un etnónimo identificado con “fenicio” por las fuentes, tal como han demostrado los trabajos de Álvarez Martí-Aguilar (2010, 395-406; 2012, 771-805), es una evidencia muy clara de lo que estamos diciendo. Aunque todavía se reedita la obra de Schulten, la manualística ya se hace eco de tales perspectivas: Celestino Pérez – López Ruiz 2020.

denominador de “celtas”,⁵² la imagen convencional era que, siendo pueblos guerreros por antonomasia y resistentes al invasor, fueron romanizados tardíamente y con no poco esfuerzo y no demasiado éxito (dadas las “pervivencias” y “continuidades”, al menos en lo religioso y cultural). Constituían sociedades tribales de economía ganadera, gentilicias en cuanto a su organización social y en las que, habitantes de un hábitat muy disperso, los vínculos familiares imperaban sobre los territoriales y políticos, lo que daba a entender las enormes dificultades que encontró Roma para asimilarlos en su estructura administrativa: de ahí la continuidad epigráfica de *gentes* y *gentilitates* hasta bien entrado el imperio o el peso de las etnias tal como recogen las propias fuentes.⁵³ Hay que esperar a los años 80 para que este “modelo gentilicio” que tiene su origen en la *Sociedad primitiva* de Morgan (1877), se ponga en cuestión como esquema general explicativo del origen de los estados. En nuestro caso, y para empezar, decir que, a excepción de *Callaecia* y *Asturia*, es indiscutible hoy por hoy que la llamada “área indoeuropea” conoce la ciudad como forma de articulación territorial básica (la que firma los pactos de hospitalidad; la que aporta soldados; la que hace la guerra...), lo que no se contradice con que la identidad familiar sea también un componente nuclear, o que estructuras suprafamiliares como la *gens* y la *gentilitas* –allí donde se dan– puedan articular territorialmente comunidades dispersas, como se evidencia en la primera parte del conocido Pacto de los Zoelas.⁵⁴ Los casos de ciudades que pactan entre sí o con y contra Roma a lo largo de la conquista son numerosos: recuérdese el famoso texto de Polibio donde la embajada celtibérica que va a Roma en el 154 a.C. es recibida por el Senado “por ciudades”.⁵⁵ Pero vayámonos al extremo noroeste, el área más “primitiva” de la Iberia céltica, a decir de Estrabón.⁵⁶ En el Congreso de Paleoeología de la península que hemos comentado, Gerardo Pereira Menaut⁵⁷ abrió una puerta para que, con el caso de *Callaecia* como ejemplo, se pudiera hablar de su etnogénesis desde una perspectiva nueva: si está claro que el viejo esquema para defender la existencia de una etnia (un pueblo, una cultura material, un territorio, una lengua...) desde época inmemorial no se da en la realidad histórica, ¿por qué no atendemos a los factores de cambio a la hora de hablar de etnogénesis? Una perspectiva procesual pudiera ayudar a entender, por ejemplo, las “contradicciones” en el proceso de integración en el dominio romano y redefinir la identidad de uno y otro. En el caso de *Callaecia*, Roma reorganiza el territorio usando como referente identitario-territorial el castro (*castrum*), en el marco de los *populi / civitates* y, dando un paso más, dentro de un ámbito más amplio (galaico / *Callaecia*) de creación romana y de carácter étnico, hasta tal punto operativo en términos administrativos que llega a ser una provincia en el 298 d.C.

⁵² Desde Hecateo en adelante por este nombre se designarían todos los pueblos de los límites occidentales y septentrionales de la *ecúmene*, y el ejemplo de “alteridad identitaria” por excelencia para griegos y romanos (Marco Simón 2007, 85-109). Obviamente, con el tiempo se irá distinguiendo entre distintos grupos célticos: galo-celtas, germanos, celto-escitas, etc. No obstante, la asociación celta-bárbaro perdura hasta el final de la Antigüedad (Cruz Andreotti – Machuca Prieto 2022, cap. 6.3). Un repaso a la literatura en López Férrez 2006, 45-84.

⁵³ O, más bien, una visión sesgada de las mismas: véase Schulten 1945. Ver Beltrán Lloris 2004, 102-103 y en general Burillo Mozota 1988 para la Celtiberia.

⁵⁴ *CIL* II 2633. González Rodríguez 1986; Beltrán Lloris 1988, 197-237.

⁵⁵ Plb. 35.2. El mismo Polibio afirma que Tiberio Graco destruyó más de 300 ciudades de entre los celtiberos, de lo que se burlaba Posidonio por exagerado (en Str. 3.4.13).

⁵⁶ Str. 3.4.16.

⁵⁷ Pereira Menaut 1992, 35-44, que viene a ser una primera síntesis de trabajos anteriores.

Que los galaicos vencidos por D.J. Bruto en el 138-37 a.C. no son similares a los *callaeci* de la epigrafía es indudable, pero... ¿qué nos dice la asunción de esta nueva entidad etnoterritorial? Es obvio que no son pervivencias o realidades resistentes, sino una nueva identidad en cuya construcción y mantenimiento participa Roma.⁵⁸ Lo mismo podríamos decir de los astures organizados originariamente en torno a *gentes* y *gentilitates*, pero que terminan constituyendo verdaderas *civitates* alrededor de ellas, reconocidas como tales por la autoridad romana con las que firma pactos de hospitalidad de carácter público:⁵⁹ ¿qué identidad étnica está detrás de una *civitas Zoelarum*, con su *ordo* y su *magistratus*?⁶⁰ Plinio, un autor al que no se le puede acusar de estar mal documentado, habla en su catálogo de organizaciones político-administrativas de la tarraconense de *civitates*, *populi* y *ethne* y, ¿qué nos quiere decir?: que constituyen estructuras operativas –no sabemos cómo– en términos administrativos e identitarios, porque así lo evidencia la epigrafía personal.⁶¹ En el norte, como en el sur, pero más si cabe allí porque la realidad étnica está mejor documentada, habrá que replantearse de nuevo no sólo si podemos considerar tales agrupaciones genuinamente prerromanas, sino qué papel identitario y territorial cumplen en un esquema de dominación romana.

En ambos casos, redefinir la romanización empezó a ocupar el centro de la cuestión. Ya desde los años 70, y en el entorno de las discusiones que hemos comentado –aculturación, resistencia...–,⁶² la romanización dejó de entenderse como un fenómeno unidireccional en el que las comunidades indígenas eran meras receptoras, y empezó a analizarse en sus desarrollos específicos provinciales, puesto que Roma nunca impulsó la “extensión de lo romano” de manera explícita y homogénea y, en muchas ocasiones, la iniciativa partía precisamente del mundo provincial.⁶³ En círculos académicos anglosajones se inició a finales de siglo una fuerte discusión que ha llevado, incluso, a defender la invalidez de término al considerarlo “colonial” en sí mismo,⁶⁴ puesto que por sus connotaciones “coloniales” no recoge los resultados efectivos de la complejidad de las relaciones entre Roma y las poblaciones provinciales donde, en ocasiones, se producen fenómenos de “criollización” o “hibridación” en los que lo puramente romano en términos clásicos queda totalmente diluido: hay que romper con la perspectiva romano-centrista y acudir a la realidad provincial para entender, también, lo romano.⁶⁵ En todo caso, y para evitar suspicacias, algunos piensan que habría que hablar de “globalización”.⁶⁶ Es posible que, en parte, estas posiciones teóricas se expliquen en un marco académico poscolonial y posmoderno ajeno a la realidad histórica antigua y atento sobre todo a los debates ideológicos

⁵⁸ “Ahora” –dice Str. 3.3.2– “todos se llaman galaicos”.

⁵⁹ Santos Yanguas 1985; González Rodríguez 1986; González Rodríguez – Santos Yanguas 1994. Sin menoscabo de lo que se podría estar haciendo en otras universidades, las líneas de investigación de Santiago de Compostela y País Vasco fueron y son determinantes en este sentido.

⁶⁰ *CIL* II 2633; *CIL* II 2606.

⁶¹ Ciprés Torres 2014, 15-32; 2017, 199-220; 2020, 263-284.

⁶² Wachtel 1974, 64-82; Bénabou 1976.

⁶³ Brunt 1976, 161-173.

⁶⁴ Webster – Cooper 1996. El poscolonialismo es hijo de los fenómenos de descolonización de los 50 y 60, y nace con la loable voluntad de “deconstruir” el discurso colonial previo, aunque deviene a menudo, por influencia del giro lingüístico posestructuralista, las teorías de Foucault y el marxismo estructuralista de Althusser, en mero debate terminológico.

⁶⁵ Webster 2001, 209-225; Van Oyen 2015, 205-226.

⁶⁶ Hingley 2005.

y teóricos (como el caso de Inglaterra, Alemania, los Países Bajos o los Estados Unidos), que poco tienen que ver con lo que se practicaba en el entorno universitario mediterráneo (más dedicado a la realidad histórica concreta, dada la abundancia de material filológico y arqueológico).⁶⁷ Independientemente del fondo de la discusión, es cierto que:

Ha facilitado un diálogo más fructífero con otras disciplinas en torno a la experiencia histórica romana, ha aportado elementos de discusión más que saludables y ha potenciado aspectos antes descuidados, poniendo el énfasis en las diferencias regionales y diacrónicas, en la perspectiva cultural, en la necesidad de analizar el fenómeno más allá de los círculos dirigentes o en las transformaciones que la propia construcción del Imperio generó en Roma e Italia, entre otros muchos. En definitiva, ha puesto de relieve la necesidad de precisar el proceso en términos espaciales, cronológicos y sociales.⁶⁸

De cualquier forma, sea cual sea el valor de la ecuación, debe tenerse en cuenta que lo romano fue un acto de imperialismo sin matices casi continuo durante toda la República (destrucción de ciudades, traslados de población, expolio, reclutamiento forzoso...), y, por supuesto sin el más mínimo interés explícito de propiciar la integración política o cultural, más allá de las circunstancias. Después habrá que entrar a discutir qué entendemos por romanización –aceptando el término– en cada caso y lugar⁶⁹.

En Hispania, el proceso de conquista fue largo y desigual, como también la consolidación de Roma en el territorio y su voluntad y capacidad efectiva de transformar las realidades previas. A explicaciones derivadas de su efectividad puramente militar, se unen los componentes políticos internos y estratégicos más a corto que a medio y largo plazo. En numerosas ocasiones, primará la rápida provisión de hombres y botín frente a otro tipo de consideraciones, mientras un lento y a menudo discontinuo mecanismo de control se pone en marcha (con la única experiencia conocida de Italia), muy limitado porque tiene que atender muchos frentes. Antes

⁶⁷ Y que en realidad tienden a “diluir” los efectos reales del imperialismo romano. Muy certeras las palabras de Cardete del Olmo 2018, 665: El gran cambio terminológico de calado es el arriñonamiento de términos tradicionales como colonia, colonizado, colonización, colonialismo, imperialismo o aculturación, sustituidos por otros como diáspora, transculturación o etnogénesis, creolización o criollismo, o hibridación. No defiende que sea más sencillo modificar los conceptos que las palabras, pero sí creo que, al menos en un primer momento, es más factible que sea aceptada una nueva acepción para una vieja palabra (con la posibilidad de que ésta termine imponiéndose) y que, de ese modo, el público entendería mejor lo que los teóricos se esfuerzan en explicar, en vez de alejarse de ello ante un primer muro de pura incompreensión lingüística. Los historiadores (y, por supuesto, los lingüistas) estamos muy acostumbrados a deconstruir significados y analizar contingencias, de modo que no considero imperialista, contradictorio ni erróneo emplear palabras como helenización, aculturación, colonización y colonialismo, junto con hibridación o mimesis, si con ello podemos llegar de manera más directa al fin último de todo análisis: la comprensión de nuestros procesos y resultados de investigación por parte de un auditorio cuanto más amplio mejor.

⁶⁸ Beltrán Lloris 2017, 20-21.

⁶⁹ Para un estado de la cuestión ver la monografía de Versluys 2014, y en especial el trabajo de Wolff. Una síntesis de todo el debate con sus implicaciones en Cruz Andreotti – Machuca Prieto 2022, caps. 3.5 y 5.1. Es muy recomendable, aunque sea referido a Italia (el verdadero laboratorio del imperialismo romano) la lectura de Wulff Alonso 2021. En relación a Hispania, unos análisis más comedidos en Le Roux 2004, 287-311 y Pereira Menaut 2010, 239-253. Y dos reuniones importantes: Caballos Rufino – Lefebvre (dirs.) 2011; Santos Yanguas – Cruz Andreotti (eds.) 2011

que nada, y para el período que nos ocupa, están la eficacia, la operatividad y la resolución de los problemas inmediatos sobre otro tipo de cuestiones.⁷⁰ El polémico Bronce de Bembibre es un buen ejemplo de cómo Roma tiene que intervenir continuamente para poner orden en lo que *parecía* ordenado en torno a una provincia transduriana (de escaso recorrido): un nuevo decreto imperial premia a los que han cumplido y castiga a los desafectos y, para ello, reajusta el territorio, a los *castella* y sus *gentes*, y quién se ve beneficiado y quién no.⁷¹ Es conocida la existencia de una *domus* romana de inicios del siglo I d.C. en el castro de Chao Samartin en el occidente asturiano, inmediatamente después de la conquista. Acompañando a la presencia de esta *domus* con abundantes materiales romanos, continúa el hábitat tradicional de una manera harto evidente. Pero, habitase quien habitase esa *domus*, el efecto visual debía de ser imponente: es una manifestación de quién detenta el poder en ese momento y en ese lugar, tutelado por una presencia militar permanente.⁷² Al mismo tiempo, en una ciudad plenamente romanizada como Torreparedones, continúan las prácticas rituales en su santuario ibérico extramuros entre los siglos II a.C. y I. d.C, lo que es una buena prueba de la continuidad de una identidad étnica entre las comunidades del mundo ibérico una vez entran en contacto con Roma y con romanos.⁷³ Igualmente, pero en un sentido inverso, hallamos figuras togadas en un ambiente plenamente ibérico, como ocurre con los hallazgos de togados en el sureste, y datados entre los siglos II-I a.C.⁷⁴

Los ejemplos de este tipo son muchísimos, y los resultados muy distintos, y, en consecuencia, conducen inexorablemente a cambios de perspectiva a todos los niveles tanto en los estudios sobre las etnias hispanas, sus formas de organización social, económica y articulación territorial, como la desigual interacción y efecto de los componentes foráneos, así como el panorama de una romanización que ya no es una máquina imparable de civilidad. Ya nada parece ser igual a lo que se pensaba en los años 80.

4. Dónde estamos ahora

Como ya comentamos, el Congreso mencionado al principio, y su correspondiente publicación, indudablemente constituyeron un hito, puesto que, siendo muy conscientes que el modelo de Bosch estaba periclitado, consiguieron reunir a buena parte de la investigación hispana sobre los pueblos prerromanos. Su intención era volver a diseñar más de 50 años después un mapa etnocultural que no sólo recogiese todo lo que se había conocido desde entonces, sino también que respondiese a los nuevos retos de una etnoarqueología que ya no era la que tenía definir una etnia = a un pueblo = a una lengua = a una cultura material, sino, en todo caso

[adoptase] una perspectiva histórica. Sólo así se podrá descubrir cómo se configuran las etnias, sobre qué bases, qué papel juega la autoconciencia en la reproducción

⁷⁰ Le Roux 2006a, 37-89; Salinas de Frías 1995; Díaz Fernández 2015.

⁷¹ Wulff Alonso 2019, 265-276. De todas maneras, no hay consenso a la hora de interpretar el sentido del decreto.

⁷² Montes López – Villa Valdés 2015, 277-284.

⁷³ Morena López 2018.

⁷⁴ García Cardiel 2019, 155-171.

social y por qué se utilizó. A todo ese proceso es a lo que puede denominarse *etnogénesis*, concepto que supone la crisis de identidad de unas comunidades con la disolución de agregaciones étnicas precedentes, el llamado substrato étnico, que da lugar a la formación de otras nuevas o, incluso, de una más amplia. Además, los procesos de etnogénesis traslucen cambios como consecuencia de distintas situaciones ambientales, socioeconómicas y políticas, así como del grado de contacto de unas entidades étnicas con otras, hecho particularmente evidente en la Península Ibérica.⁷⁵

Asimismo, concluyen, estamos hablando –también– de identidades que se suceden en el tiempo. Admiten las dificultades a la hora de identificar claramente una etnia con su cultura material –por la condición tremendamente adaptable de esta última– y, en consecuencia, los problemas a la hora de establecer un correlato entre esta y la “identidad” (o autoconciencia) del grupo.⁷⁶ Pero, a continuación, y partiendo de los resultados de esta magna puesta en común, se concluye que:

A partir de ahora no sólo se puede llegar a delimitar grupos arqueológicos basados en datos de cultura material y de interpretación social, sino que éstos se pueden llegar a relacionar e interpretar dentro de un marco paleoetnográfico que permite identificar la personalidad histórica y cultural de las poblaciones prerromanas. Dicho marco supone una síntesis histórica global de los pueblos respectivos, al incluir junto a los elementos de cultura material y económicos, referencias a su estructura social, política y religiosa, así como a su lengua, como partes integrantes de un mismo sistema cultural. El problema esencial es analizar los hallazgos de cultura material, las fuentes clásicas y los nuevos datos lingüísticos para poder explicar los procesos de formación étnica y definir las costumbres, ideología y organización social de los pueblos prerromanos en un cuadro que presenta amplias variaciones geográficas y continuas transformaciones estructurales.⁷⁷ (...) En consecuencia, el estudio se ha limitado al período que generalmente es conocido en los estudios prehistóricos como Bronce Final y Edad del Hierro hasta alcanzar la romanización, que supuso, desde tantos puntos de vista, la disolución de las etnias preexistentes absorbidas por las transformaciones que trajo consigo *la superior cultura romana*.⁷⁸

En el fondo, y una vez más, se mantiene el objetivo de la identificación entre el mapa étnico-literario y el arqueológico-territorial y, a pesar de la intención de los editores, el resultado final significa más un avance cuantitativo que cualitativo, con

⁷⁵ Almagro-Gorbea – Ruiz Zapatero 1992, 474. Sería muy largo extendernos aquí en definir qué se entiende por etnia, identidad étnica y grupo étnico, pero hay un cierto consenso en considerar la conciencia de etnicidad (de la que parte todo lo demás) como la identificación colectiva en torno a un nombre, un “mito de los orígenes” o unos “antepasados” comunes, una historia compartida en torno a ellos, un territorio (real o ficticio; perdido o mítico), o, incluso, una cultura particular identificada con la religión, la lengua y otro tipo de manifestaciones; y todo ello alrededor de o frente a otras identidades étnicas con las que marcar la diferencia (Shennan 1989, 14; Hall 2002, 9; Jones 1997, xiii; Renfrew 1989, 216; Smith 1986, 22-33). En extenso: Cruz Andreotti – Machuca Prieto 2022, cap. 2.

⁷⁶ Almagro-Gorbea – Ruiz Zapatero 1992, 473.

⁷⁷ Almagro-Gorbea – Ruiz Zapatero 1992, 474-75.

⁷⁸ Almagro-Gorbea – Ruiz Zapatero 1992, 476 (la cursiva es nuestra).

poco aporte al debate conceptual: buena parte de los estudios organizados por “áreas culturales” autóctonas se quedan en lo meramente descriptivo.⁷⁹

En todo caso, las etnias y las identidades étnicas, entendidas como un fenómeno de etnogénesis en continuo cambio, ya están ocupando la centralidad de la discusión y han venido para quedarse. Sin querer ser exhaustivos, autores como G. Ruiz Zapatero,⁸⁰ M. Fernández Götz,⁸¹ A. Hernando,⁸² M. Díaz-Andreu,⁸³ B. Díaz Santana,⁸⁴ F.J. García Fernández,⁸⁵ o F. Machuca⁸⁶ (siguiendo la estela señalada básicamente por la historiografía anglosajona),⁸⁷ han incidido en las posibilidades y límites de hablar de identidad étnica a partir de los datos de la arqueología. Porque hablar de etnias y definir las en el tiempo y el espacio, sin el lastre del historicismo esencialista, es hablar indiscutiblemente de identidades de muy diverso tipo convergentes y divergentes, que responden a muy distintas circunstancias históricas, y eso si tenemos únicamente en cuenta las identidades colectivas.

Partiendo del hecho de que la identidad en oposición a otras identidades es condición sine qua non para la operatividad histórica de un *ethnos*, hay muchos interrogantes aún sin responder de manera categórica. Por ejemplo, el carácter contingente e histórico de la identidad, de manera que la condición identitaria de los artefactos podía mutar, si de arqueología estamos hablando; la transterritorialidad de la identidad en cuanto a cultura material se refiere; las dificultades de delimitar el marco temporal, el marcador étnico colectivo y su diferenciación histórico-espacial de otros marcadores relativos a la edad, sexo, etc.; la relación dialéctica entre la multiidentidad de un individuo –que responde precisamente a estos aspectos ligados a la condición social, sexual, edad, etc.– y la identidad colectiva como elemento diferenciador del grupo en oposición a otros; la coexistencia de identidades heterodoxas y ortodoxas dentro del grupo y, por tanto, la consideración del carácter heterogéneo y plural de la identidad, aunque exista una identidad social hegemónica; la retroalimentación entre la identidad de grupo y de clase; la existencia de identidades intermedias, sobre todo en situaciones de contacto, y no conflicto, es decir, identidades híbridas; y, en fin, qué hacer con las etnias históricas, de nombre exógeno y observadas desde fuera, a la hora de admitirles una identidad propia; o el papel de Roma como “motor” también de nuevas identidades que no le incomoden.⁸⁸

En relación con esto último, otro aspecto clave son los cambios de perspectiva en el estudio de las fuentes literarias, que como hemos visto tanto han contribuido a la hora de definir a las etnias históricas: son ellas las que las nombran y las colocan el “mapa”. Afortunadamente, el modelo de análisis de la literatura antigua que se derivaba del

⁷⁹ Una crítica breve y certera en García Fernández – Fernández Götz 2010, 69. Es significativo que, poco años después, E. Ferrer Albelda (1998, 31-54) publicase un añadido al mapa paleo-etnológico resultante del 92 donde reivindicaba a los “púnicos de Iberia”; evidentemente, en aquel momento del 92, fenicios, púnicos y griegos eran entendidos todavía como “comunidades coloniales” (ja pesar de que podían llevar siglos asentados en tierras peninsulares!).

⁸⁰ Ruiz Zapatero 2009, 13-27; Ruiz Zapatero – Álvarez-Sanchís 2002, 253-275.

⁸¹ Fernández Götz 2008; Fernández Götz 2009, 187-199; Fernández Götz – Ruiz Zapatero 2011, 219-36.

⁸² Hernando Gonzalo 2002.

⁸³ Díaz-Andreu García 1998, 199-218.

⁸⁴ Díaz Santana 2003, 299-316.

⁸⁵ García Fernández 2019, 46-69.

⁸⁶ Machuca Prieto 2019.

⁸⁷ Renfrew 1989; Bentley 1987, 24-55; Shennan 1989; Jones 1997; Smith 1986, 22-33; Hall 2002, entre otros.

⁸⁸ Ver, para todo ello, García Fernández – Bellón Ruiz 2009, 111-119; García Fernández – Fernández Götz 2010, 71-73; Cruz Andreotti – Machuca Prieto 2022, cap. 3.4

uso sistemático de las *Fontes*, y que era el soporte fundamental de una arqueología filológica, fue cayendo en el olvido, como ha caído en desuso la *Quellenforschung* sobre la que se fundamentaba.⁸⁹ Aunque han sido sustituidas por otra publicación siguiendo el mismo modelo,⁹⁰ esta última al menos está mejor comentada y documentada, ya sea en la edición de los textos como su transmisión. Lo importante es que la fuente literaria ha dejado de ser tratada como un testimonio aislado de su contexto cultural, al que se le vinculaba una cultura material sin más, lo que ha permitido entender mejor su significado y valorar la información histórica en su justa medida, y no a posteriori. Es cierto que, para la península ibérica, que está en la periferia de la *ecúmene* en términos geográficos e históricos, no contamos con un *corpus* abundante de información: ésta es mayormente fragmentaria y, sobre todo, discontinua. Es difícil hacerse una idea completa, cuando, antes de la llegada de Roma, las referencias son prácticamente meras menciones a etnias hispanas situadas en *su* mapa.⁹¹ Después, con Roma, aparecen (las que lo hacen) en unos contextos muy determinados, mayormente bélicos, siempre desde la perspectiva romana y aplicando los esquemas etnogeográficos griegos, lo que condiciona notablemente lo que podríamos saber: es obvio que, en una situación de guerra, las identidades étnicas no pueden funcionar igual que en una de paz. Es importante tener en cuenta, además, que los autores antiguos, particularmente los geógrafos, necesitan ordenar y hacer reconocible para sus lectores un mapa étnico muy confuso, y en parte desconocido o sólo conocido parcialmente a través de la literatura precedente,⁹² y colocarlo sobre un mapa homogéneo y claro, según los modelos cartográficos del momento.⁹³ Los criterios de selección son muy variados, pero por lo general y para simplificar, se valora la *auctoritas* del autor en cuestión, el renombre del protagonista o del acontecimiento, o la relevancia del dato etnográfico dentro de una narrativa de oposición civilizado – bárbaro. En consecuencia, leerlas desde un prisma más global, particularmente el de los procesos de construcción de una imagen geográfica y etnográfica de Iberia / Hispania,⁹⁴ no es minusvalorar su contenido, antes

⁸⁹ En su momento fue útil para establecer la línea de continuidad de las fuentes, pero olvidó a menudo las condiciones sociales, políticas o históricas de la producción de los textos y los intereses del autor y sus lectores (cf. Most 2016, 933-954).

⁹⁰ *Testimonia Hispaniae Antiqua*, vols. I-III 1994-2003.

⁹¹ Moret 2004, 31-62; en extenso: Moret 2017, primera parte; Marcotte 2006, 31-38. Textos como éste son muy significativos: “Este pueblo (*génos*) ibérico, el que digo que habita las costas del Estrecho, siendo un solo pueblo se distinguen por nombres según las tribus (*phylé*): primero están los que habitando las tierras extremas de occidente se llaman cinetes (a partir de aquellos, para el que va hacia el norte están los gletes); luego los tartesios; luego los elbisinos; luego los mastienos; luego los celcianos; y después...” (Herodor., Frg. 2a Jacoby. Trad. de Elvira Gangutia, *THA* II A 46. Transmitido por Constantino Porfirogeneta y Esteban de Bizancio, para quienes *phylé* y *éthne* son sinónimos).

⁹² Es un equívoco bastante extendido que geógrafos e historiadores se valían de documentos militares, administrativos o de informes de viajeros y comerciantes. En realidad, y a excepción de Plinio (y no siempre), era la excepción más que la regla.

⁹³ Hoy en día ya sabemos de la incongruencia de proyectar sobre un mapa actual las ubicaciones de lugar o de topónimos y etnónimos antiguos, sobre todo porque los criterios de elaboración de aquél son diametralmente opuestos: nosotros usamos un método astronómico bidimensional, ellos uno hodológico unidimensional, que trasladan a la superficie plana con las consiguientes “desviaciones”. Sigue siendo fundamental, a pesar de los años, Janni 1984; para Iberia/Hispania: Moret 2017.

⁹⁴ Precedentes podríamos citar muchos, pero quizá un momento donde se asume colectivamente esta perspectiva fueron las dos reuniones celebradas en la Casa de Velázquez en Madrid (marzo de 2005; abril de 2006), donde se hizo una revisión exhaustiva de la geografía sobre Iberia / Hispania y las posibilidades y los límites de la literatura de contenido geográfico y sus principales protagonistas para con los problemas históricos que estaban sobre la mesa (Cruz Andreotti *et alii* 2006 y 2007a).

al contrario, porque la perspectiva de la geografía y la etnografía antiguas es siempre histórica y, por tanto, nos ayuda a entender el proceso de integración traducido por uno de sus protagonistas: Roma.⁹⁵ El espacio geográfico y etnográfico en tanto que espacio humano y humanizado es un espacio en construcción, nacido de la oposición entre el “antes y el “ahora”: nunca es estático, sino dinámico.

Tal es el espíritu y la letra que guía en los últimos años trabajos sobre autores tan importantes para lo que nos ocupa como Polibio,⁹⁶ Apiano,⁹⁷ Estrabón,⁹⁸ César,⁹⁹ Plinio,¹⁰⁰ Ptolomeo,¹⁰¹ o Avieno,¹⁰² por citar tan sólo a los que conservamos prácticamente completos.¹⁰³ En términos identitarios, podemos aceptar por comodidad seguir usando esos nombres que griegos y romanos les han dado a las etnias hispanas –lo que es mucho aceptar, dado los problemas de transmisión, en muchos casos–.¹⁰⁴ Lo importante, por ejemplo, es preguntarse si detrás del proceso de “creación étnica” podemos observar una etnogénesis con la activa participación (o no; o a medias) de Roma. El caso celtibérico es muy clarificador, pero no el único.¹⁰⁵ Sin duda es un étnico aglutinante exógeno (que los distinguía de lusitanos, celtas de la Galia u otros celtas de Iberia),¹⁰⁶ que se usó por parte de los historiadores para delimitar a todas aquellas poblaciones del valle medio del Ebro que se enfrentaron a Roma, y que las mismas fuentes reconocen compuesto por distintos *ethne* y ciudades. No obstante, dichos *ethne* no siempre están adscritos a los celtíberos, ni las ciudades a los mismos *ethne*, lo que dice mucho del alcance y la dimensión que comporta dicho vínculo identitario –si es que fue asumido como tal por las poblaciones celtibéricas–, no siempre tan sólido ni tan fuerte.¹⁰⁷ Obviamente su activación responde a la articulación / desarticulación del

⁹⁵ Cruz Andreotti 2009, 131-144.

⁹⁶ Moret 2005, 279-306 (y en extenso Moret 2017, 183-203); Cruz González 2005, 141-171.

⁹⁷ Gómez Espelosín 1999-2000, 15-24; Gómez Espelosín 2022, 237-260.

⁹⁸ Cruz Andreotti 2009, 131-144; Cruz Andreotti 2014, 143-152.

⁹⁹ Castro-Páez 2021, 117-125.

¹⁰⁰ Beltrán Lloris 2012, 477-498; Ciprés Torres 2014, 15-32; Ciprés Torres 2017, 199-220; Ciprés Torres 2020, 263-284.

¹⁰¹ Haushalter 2019, 43-60.

¹⁰² González Ponce 1995.

¹⁰³ Una síntesis exhaustiva y contextualizada de toda la literatura etnogeográfica sobre Iberia / Hispania desde los orígenes hasta Plinio en Castro-Páez 2023.

¹⁰⁴ Moret 2004. Por no hablar de la prudencia necesaria a la hora de trasponer automáticamente el significado griego de *ethnos* (que no es homogéneo) a mundos que le son ajenos, ya sea el colonial como el romano: Cardete del Olmo 2004, 15-30.

¹⁰⁵ Ya hemos mencionado a los galaicos, uno de los tantos pueblos del noroeste que le terminan por dar el nombre a todo una región histórica y una provincia, en detrimento de lusitanos y ártabros, y forma parte de la identidad de individuos que se hacen llamar *callaeci*, de *callectiae* o de los *callaecorum* (Str. 3.3.2; 3.3.3; 3.4.20; *CIL* II2/7, 58, *IRLu* 2, *HEp* 4, 1994, etc.). Estrabón, precisamente, recoge varias “Lusitanias”, resultado de un largo periodo de reajuste territorial y militar que va desde las tensiones previas que generaron las guerras lusitanas hasta su “arriñonamiento” en torno al sur del Tajo (Str., 3.1.6; 3.3.1; 3.3.2; 3.3.3; 3.4.20) –cf Beltrán Lloris 2010–; lo mismo podemos observar para Turdetania (Str. 3.1.6; 3.2.1; 3.2.4; 3.2.13; 3.4.20), que, de límites y composición étnica compleja y diversa, termina identificándose como un único *ethnos* con la Bética romana –cf. Cruz Andreotti 2007b–.

¹⁰⁶ Pelegrín Campo 2005, 115-136.

¹⁰⁷ Beltrán Lloris 2004, 114-122 apunta que no hay datos concluyentes, para el periodo republicano, de una identidad étnica de parámetros clásicos (un nombre, unos ancestros, una historia común, un territorio, etc.) para el caso concreto del etnónimo celtíberos, no así de las ciudades o las etnias menores que los conforman y que son rastreables claramente, en estos casos, por la epigrafía y la moneda (aunque, en este particular, hay tipos comunes a muchas comunidades, como el guerrero a caballo, que podrían indicar una identidad celtibérica). Para la construcción de la geografía de la Celtiberia ver Ciprés Torres 1993, 259-289. Una síntesis de todas las fuentes y esa “geografía variable” que comporta la Celtiberia en Llorio Alvarado 1997, 17-36.

sistema de alianzas contra o a favor de Roma, sobre una base de intensas relaciones socio-económicas y políticas muy antiguas;¹⁰⁸ pero, como tal, si hay que reconocerle un fenómeno etnogenético, tiene su epicentro en las continuas guerras de mayor o menor intensidad que se suceden entre finales del siglo III y el siglo I a.C. Pero lo más interesante, a pesar de que es un etnónimo vinculado particularmente al proceso de conquista republicana, es que en el período imperial empieza a tener un sentido nuevo en torno a una identidad cultural propia, vinculada a la *origo* de la persona que se siente originaria de la Celtiberia.¹⁰⁹ No es contradictorio que estos celtiberos, ya *togados* para Estrabón,¹¹⁰ y plenamente integrados en las estructuras romanas a todos los niveles, se sintieran a la vez parte de esa “patria chica” (local o regional) y alabaran, como Marcial, la rusticidad y simpleza de sus costumbres, sin dejar de ser romanos.¹¹¹ Este ejemplo, como muchos otros, demuestra que la conquista romana generó identidades nuevas (también eliminó otras) y que estas, además, evolucionaron y se adaptaron a nuevos contextos identitarios más plurales. Llevar en el tiempo más atrás de la presencia romana las etnias históricas (que nadie duda que existen), su articulación territorial e identitaria, como siempre se ha hecho, ha sido un error metodológico de gran calibre, porque la documentación literaria no va más allá del siglo III a.C.: por eso hay que volver a las fuentes desde otra óptica, como así se está haciendo.

En fin, releer las fuentes antiguas ha permitido comprender la aplicación del término *ethnos* a buena parte de las comunidades hispanas: su aparición y evolución; los cambios en las eventuales adscripciones territoriales; la condición exógena originaria y su asunción (o no) por las comunidades locales; los procesos de etnogénesis y su capacidad de adaptación y movilidad; y, por tanto, los cambios de identidad; el imprescindible papel jugado por Roma en la organización etnoterritorial del territorio, de donde aquel proceso es parte; la lógica cartográfica de sus distintas ubicaciones sobre el “mapa”; o la percepción histórica de la barbarie, más allá de la retórica habitual.

El panorama es muy diferente al que teníamos no hace muchos años. La ciudad y la etnia son las unidades organizativas fundamentales para buena parte de Iberia / Hispania.¹¹² La etnia, y su funcionalidad e identidad, es más difícilmente identificable con claridad, y no menos compleja. Pero es que, además, en el mundo de los *ethne* y las identidades étnicas ya nada es lo que parece: ni los grupos étnicos conocidos por la literatura y la epigrafía, ni sus supuestos límites cronológicos, ni las fronteras territoriales entendidas como fronteras étnicas, ni las identidades étnicas y cívicas, las religiosas y las culturales que se mezclan, y, dentro de ello, las experiencias políticas y administrativas puestas en práctica de la Iberia / Hispania antigua, responden a la vieja idea de comunidades tribales camino de la civilidad. La ventaja de trabajar en claves identitarias –entendiendo la identidad como un proceso histórico– es que, a priori, quedas liberado de los corsés de la historiografía tradicional aún vigente: desde la peligrosa noción de progreso y civilización, hasta la no menos de resistencia y asimilación, aplicadas hasta el extremo y sin matices, desde una perspectiva autoctonista o no. Y, además, si vas más allá de las identidades políticas, el campo se amplía casi hasta el infinito: identidades por género, por edad, por condición social, por actividad económica, identidades silenciadas, resistentes,

¹⁰⁸ Burillo Mozota 1988.

¹⁰⁹ Por ejemplo, *HAE* 213, *CIL* II 6168, *CIL* II 3132

¹¹⁰ Str. 3.4.20.

¹¹¹ Mart. *epigr.* 4. 55. Beltrán Lloris 2011, 42-49.

¹¹² Pina Polo 2011, 39-53.

etc. Trabajar en clave identitaria (sea en el marco de una etnia, una ciudad o cualquier otro tipo de colectivo) permite acercarse a la realidad en toda su complejidad y huir, necesariamente, de peligrosas generalizaciones.

Definitivamente, los viejos paradigmas que han acompañado a la historiografía española, y que partían de una visión unidireccional y progresiva de la realidad histórica –la búsqueda de una sola identidad, si se quiere–, han perdido toda vigencia, al menos en lo que a la Antigüedad se refiere.¹¹³ Afortunadamente, las identidades se han convertido en el tema central de buena parte de la investigación protohistórica e histórica hispana, porque la realidad está evidenciando que las sociedades no son tan uniformes y homogéneas como nos interesaba verlas, ni incluso cuando tienen que reaccionar ante un peligro exterior. Y aunque las identidades son un aspecto substancial para articular la cohesión política, social e ideológica de cualquier comunidad en un momento dado, no hay un único modelo, ni una sola respuesta. A través de ellas podemos entender mejor los procesos de etnogénesis sin tener que partir de una definición previa. Como las actuales, también las sociedades antiguas eran pluriidentitarias sin menoscabo de su eficacia colectiva, y empeñarnos en moldearlas en un único patrón –como siempre se ha hecho– es traicionar la realidad que la documentación material y literaria nos ofrece. Parfraseando el título de una obra reciente:¹¹⁴ “hay muchas maneras de ser romano ... como de ser celtíbero, o turdetano...”¹¹⁵

Lo lamentable es que esta perspectiva académica choca cada vez más con una narrativa colectiva que, ante el desasosiego y la incertidumbre, vuelve a las identidades simples, a las “identidades asesinas” de las que hablaba Maalouf, que

¹¹³ No vamos a entrar en la reclamación actual de identidades nacionales de algunos territorios apoyadas, también, en intencionadas lecturas de la Antigüedad. Se entienden mejor en el contexto del problema político-territorial y del debate mediático de esa identidad de la España actual que todavía está por concretar; no obstante, las argumentaciones históricas no aguantan una discusión académica seria.

¹¹⁴ Machuca Prieto 2019.

¹¹⁵ No obstante, merece la pena prestar atención a las consideraciones conclusivas de Le Roux 2006b, 165: Si Rome avait officiellement le contrôle de tous les espaces qui le constituaient, les activités et les modalités de la vie locale entraient dans des combinaisons complexes qui échappaient de fait, sur de nombreux plans, aux circuits dominants et dynamiques de relations et d'échanges orientés par la seule capitale romaine. Il n'est pas vrai, malgré D. Mattingly (2002) que le meilleur critère de ce qui serait le nécessaire dépassement ou abandon de la “romanisation” soit la reconnaissance du “multiculturalisme”, au sens le plus immédiat, de l'empire de Rome. De nouveaux “parapluies » semblent vouloir poindre : les concepts d’ “identité”, d’ “originalité” reviennent en force, seulement déplacés du haut vers le bas, en admettant que cette dernière catégorie revête une forte valeur heuristique autre que de classification préalable à l'interprétation historique, à la comparaison. À l'opposé, je ne suis pas sûr qu'il faille réinventer un “moment historique” au cours duquel la culture romaine, l'humanitas, aurait joué un rôle universel identitaire et fédérateur. Enfin, je ne sais pas jusqu'à quel point, la notion, actuellement en vogue, de “sentiment d'appartenance” à Rome, exprimée aussi par “se sentir Romain” est susceptible de faire naître de nouvelles enquêtes fécondes. Le “sentiment d'appartenance” est une donnée subjective que les sources ne permettent guère de déceler. La tentation de substituer un concept culturel et identitaire englobant à celui de “romanisation”, sans gain véritable est grande. Pourtant, la “romanisation” peut continuer à trouver sa place à chaque étape de l'analyse et de l'écriture d'une histoire romaine polysémique rendue à la curiosité désintéressée et riche d'expériences indéfinies.

tanto daño han hecho y hacen a la historia de España.¹¹⁶ Como concluye Wulff Alonso:¹¹⁷

Lo que legitima las nuevas reflexiones que planteamos es que parten de principios que son o, si se quiere, son más, verdad que los de los modelos nacionalistas, empezando por el hecho de que la historia del mundo es una realidad colectiva y fruto de los encuentros y de las sucesivas etnogénesis de los grupos humanos, no la de esa sucesión de mónadas intrínsecamente xenofóbicas destinadas a la victoria o a la muerte, independientemente de que sin la agresividad y la violencia de los grupos humanos tampoco se deje entender.

5. Referencias bibliográficas

- Almagro-Gorbea, M. (1992): “Introducción”, [en] Almagro-Gorbea – Ruiz Zapatero (eds.), 1992, 7-10.
- Almagro-Gorbea, M. – Ruiz Zapatero, G. (1992): “Paleoetnología de la Península Ibérica. Reflexiones y perspectivas de futuro”, [en] M. Almagro-Gorbea – G. Ruiz Zapatero (eds.), 1992, 469-499.
- (eds.) (1992): *Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum* 2-3, Madrid.
- Alvar Ezquerro, J. – González Wagner, C. (1988): “La actividad agrícola en la economía fenicia de la Península Ibérica”, *Gerión* 6, 169-185.
- Álvarez Junco, J. (2016¹⁴): *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Barcelona.
- (2022): *Qué hacer con un pasado sucio*, Barcelona.
- Álvarez Junco, J. – Fuente Monge, G. de la (2013): “La revolución del relato histórico”, [en] J. Fontana – R. Villares (eds.), *Historia de España*. vol. 12. *Visiones del pasado y construcción de identidad*, Barcelona, 5-437.
- Álvarez Martí-Aguilar, M. (2005): *Tartessos. La construcción de un mito en la historiografía española*, Málaga.
- (2010): “Tartessos: un etnónimo de la Iberia púnica”, *Mainake* 32.1, 395-406.
- (2012): “Los fenicios en la península ibérica frente a Cartago y a Roma: cuestiones de identidad”, [en] Santos Yanguas – Cruz Andreotti (eds.), 2012, 771-805.
- Anderson, B. (1991²): *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, London-New York (original de 1983; existe edición española en FCE: 1993).
- Arce Martínez, J. – Olmos Romera, R. (1991): *Historiografía de la arqueología y de la historia antigua en España (siglos XVIII-XX)*. *Congreso Internacional, Madrid, 13-16 diciembre 1988*, Madrid.
- Aubet Semmler, M^a. E.

¹¹⁶ Que un libro como el de Roca Barea (2021³⁰) aparezca en 2016 y tenga un éxito rotundo (¡30 ediciones en 2021!) entre el gran público –aunque sometido a una crítica feroz por su falta de rigor científico (cf. Villacañas Berlanga 2019, entre muchos)–, con la intención explícita de recuperar el orgullo de “ser español”, reivindicando las bondades –sin que haya lugar a sombra alguna– del imperio de la Monarquía Hispánica frente a la leyenda negra (por cierto, hace siglos en desuso), es muy sintomático de la contradicción en la que vivimos. Nos queda el consuelo de que *Mater dolorosa* de Álvarez Junco cuenta con 14 ediciones.

¹¹⁷ Wulff Alonso 2009, 19.

- (1977-78): “Algunas cuestiones sobre el periodo orientalizante tartésico”, *Pyrenae* 13-14, 81-107.
- (1984): “La aristocracia tartésica durante el periodo orientalizante”, *Opus* 2/2, 445-468.
- Balil Illana, A. (1956): “Un factor de la romanización: las tropas hispanas al servicio de Roma (siglos III-I a.C.)”, *Emerita* 24, 108-134.
- Barbero de Aguilera, A. – Vigil Pascual, M. (1978): *La formación del feudalismo en la Península Ibérica*, Barcelona.
- Belén Deamos, M^a. – Beltrán Fortes, J. (eds.), (2007): *Las instituciones en el origen y desarrollo de la arqueología en España*, Sevilla.
- Beltrán Fortes, J. (2017): “La arqueología española en el marco nacional, regional y local (siglos XIX y XX)”, [en] M. Ayarzagüena Sanz – G. Mora Rodríguez – J. Salas Álvarez (eds.), *150 años de historia de la Arqueología: teoría y método de una disciplina*, Madrid, 59-84.
- Beltrán Lloris, F.
- (1988): “Un espejismo historiográfico: las «organizaciones gentilicias» hispanas”, [en] G. Pereira Menaut (ed.), *Actas Ier. Congreso Peninsular de Historia Antigua. Santiago de Compostela, 1-5 julio 1986*, Vol. 2, Santiago de Compostela, 197-237.
- (2004): “*Nos celtis genitos et ex hiberis*: apuntes sobre las identidades colectivas en Celtiberia”, [en] Cruz Andreotti – Mora Serrano (coords.), 2004, 87-146.
- (2010): “De etnia a provincia: identidades colectivas en la Lusitania antigua”, [en] F. de Oliveira – J. de Oliveira et alii (eds.), *Espaços e Paisagens. Antiguidade Clássica e Heranças Contemporâneas*. vol. 3. *Historia, Arqueologia e Arte* (=Humanitas Supplementum), Coimbra, 33-51.
- (2011): “«... Et sola omnivm provinciarvm vires svas postqvam victa est intellexit» Una aproximación a Hispania como referente identitario en el mundo romano”, [en] Caballos Rufino – Lefebvre (dirs.), 2011, 55-77 (<https://dx.doi.org/10.12795/9788447230037>).
- (2012): “Plinio versus Ptolomeo. Geografía y etnicidad en la Hispania del Principado”, [en] Santos Yanguas – Cruz Andreotti (eds.), 2012, 477-498.
- (2017): “Acerca del concepto de romanización”, [en] T. Tortosa Rocamora – S. F. Ramallo Brotons (eds.), *El tiempo final de los santuarios ibéricos en los procesos de impacto y consolidación del mundo romano* (=Anejos de AEspA 79), Madrid, 17–26.
- Bénabou, M. (1976): *La résistance africaine à la Romanisation*, Paris.
- Bendala Galán, M.
- (1982): “La perduración púnica en los tiempos romanos: el caso de Carmo”, *Huelva Arqueológica* 6, 193-203.
- (2006): “Hispania y la ‘romanización’. Una metáfora: ¿crema o menestra de verduras?”, *Zephyrus* 59, 289-292.
- Bentley, G. C. (1987): “Ethnicity and Practice”, *Comparative Studies in Society and History* 29.1, 24-55.
- Blázquez, J. M.
- (1962): “Estado de la romanización de Hispania bajo César y Augusto”, *Emerita* 30, 71-129.
- (1969): “Problemas en torno a las raíces de España”, *Hispania* 29/112, 245-286.
- Bosh Gimpera, P. (1932): *Etnología de la Península Ibérica*, Barcelona.
- Brunt, P. A. (1976): “The Romanization of the local ruling classes in the Roman Empire”, [en] D.M. Pippidi (ed.), *Assimilation et résistance à la culture Greco-romaine dans le monde ancien. Travaux du VI^e Congrès International d’Études Classiques*, Paris, 161-173.

- Burillo Mozota, F. (1988): *Los celtíberos. Etnias y estados*, Barcelona.
- Caballos Rufino, A. – Lefebvre, S. (dirs.) (2011): *Roma generadora de identidades. La experiencia hispana*. (=Collection de la Casa de Velázquez, 123), Madrid-Sevilla (<http://dx.doi.org/10.12795/9788447230037>).
- Cardete del Olmo, M^a C.
 (2004): “Ethnos y etnicidad en la Grecia clásica”, [en] Cruz Andreotti – Mora Serrano (coords.), 2004, 15-30.
 (2018): “El postcolonialismo y los procesos coloniales: controversias y posibilidades de análisis”, [en] O. Olesti Vila, (ed.), *Lo viejo y lo nuevo en las sociedades antiguas: homenaje a Alberto Prieto*, Besançon, 659-673.
- Castro-Páez, E.
 (2021): “César y el corpus cesariano. Un episodio en la construcción geográfica de Hispania”, *Rationes Rerum. Rivista de filología e storia* 17, 117-125.
 (2023): *De Tartesos a Hispania. Geografía y etnografía en la literatura greco-latina*, Barcelona.
- Celestino Pérez, S. (2008): “El reflejo de lo fenicio en el interior peninsular”, *Cuadernos de arqueología mediterránea*, 18, 25-38.
- Celestino Pérez, S. – Rodríguez González, E. (2019): “Arquitectura monumental en la periferia de Tarteso: los yacimientos de Cancho Roano y el Turuñuelo”, [en] G. Munilla (coord.), *Musealizando la protohistoria peninsular*, Barcelona, 45-60.
- Celestino Pérez, S. – López-Ruiz, C. (2020): *Tarteso y los fenicios de Occidente*, Córdoba.
- Ciprés Torres, P.
 (1993): “Celtiberia: la creación geográfica de un espacio occidental”, *Ktèma* 18, 259-289.
 (2014): «*Hispania citerior* en la geografía de la *Naturalis Historia* de Plinio”, *Veleia* 31, 15-32.
 (2017): “Las regiones en la descripción de Hispania citerior”, [en] P. Ciprés Torres (ed.), *Plinio el Viejo y la construcción de la Hispania Citerior*, Vitoria-Gasteiz, 199-220.
 (2020): “Los datos geográficos como fuente histórica. Plinio e Hispania: algunas cuestiones sobre el ordenamiento de su descripción geográfica”, [en] E. Castro-Páez – G. Cruz Andreotti (eds.), *Geografía y cartografía de la Antigüedad al Renacimiento: estudios en honor de Francesco Prontera*, Alcalá de Henares – Sevilla, 263-284.
- Cortadella Morral, J.
 (1988): “Martín Almagro y la idea de unidad de España”, *Studia historica. Historia antigua* 6, 17-26.
 (2003): “Estudio preliminar. Historia de un libro que se sostenía por sí mismo: la Etnología de la Península Ibérica de Pere Bosch Gimpera”, [en] P. Bosch Gimpera, *Etnología de la Península Ibérica*, Pamplona, X–CCLIV.
- Cruz Andreotti, G.
 (2007b): “Acerca de Estrabón y la Turdetania-Bética”, [en] Cruz Andreotti – Le Roux – Moret (eds.), 2007, 251-270.
 (2009): “La naturaleza histórica de la «Geografía» de Estrabón”, *Euphrosyne: Revista de filología clásica* 37, 131-144.
 (2014): “Estrabón e Iberia: la construcción de una identidad histórica”, *Studia historica. Historia antigua* 32, 143-152.
 (2019): *Roman Turdetania: romanization, identity and socio-cultural interaction in the South of the Iberian Peninsula between the 4th and 1st centuries BCE*, Leiden-Boston (<https://doi.org/10.1163/9789004382978>).
- Cruz Andreotti, G. – Le Roux, P. – Moret, P.

- (eds.) (2006): *La invención de una geografía de la Península Ibérica. I. La época republicana*, Málaga-Madrid.
- (eds.) (2007a): *La invención de una geografía de la Península Ibérica. II. La época imperial*, Málaga-Madrid.
- Cruz Andreotti, G. – Machuca Prieto, F. (2022): *Etnicidad, identidad y barbarie en el Mundo Antiguo*, Madrid.
- Cruz Andreotti, G. – Mora Serrano, B. (coords.), (2004): *Identidades étnicas – Identidades políticas en el mundo prerromano hispano*, Málaga.
- Díaz-Andreu García, M.
(1998): “Ethnicity and Iberians: The Archaeological Crossroads between Perception and Material Culture”, *European Journal of Archaeology* 1/2, 199-218 (<https://doi.org/10.1177/146195719800100204>).
- (2002): *Historia de la Arqueología en España. Estudios*, Madrid.
- Díaz-Andreu García, M. – Mora Rodríguez, G. – Cortadella Morral, J. (2009): “Introducción”, [en] *Diccionario Histórico de la Arqueología en España (siglos XV–XX)*, Madrid, 13-57.
- Díaz Fernández, A. (2015): *Provincia et Imperium: el mando provincial en la República romana (227-44 a.C.)*. Sevilla.
- Díaz Santana, B. (2003): “Los celtas. Identidad, etnicidad y arqueología”, *SPAL* 12, 299-316.
- Domínguez Monedero, A. J.
(2003): “Fenicios y griegos en occidente: modelos de asentamiento e interacción”, [en] B. Costa Ribas – J. H. Fernández Gómez (coords.), *Contactos en el extremo de la “Oikouménē”: los griegos en occidente y sus relaciones con los fenicios* (=Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera 51), Eibissa, 19-60.
- (2006): “Fenicios y griegos en el sur de la Península Ibérica en época arcaica: de Onoba a Mainake”, *Mainake* 28, 49-78.
- Duplá Ansuátegui, A. (2013): “Un fantasma recorre Oviedo a fines de los 70: los Coloquios de Historia Antigua”, [en] R. M.^a Cid López – E. García Fernández (eds.), *Debita Verba. Estudios en homenaje al Profesor Julio Mangas Manjarrés*, Vol 1, Oviedo, 155-169.
- Fernández Götz, M.
(2008): *La construcción arqueológica de la etnicidad*, Noia.
- (2009): “La etnicidad desde una perspectiva arqueológica: propuestas teórico-metodológicas”, *Espacio, tiempo y forma. Serie II, Historia Antigua* 22, 187-199 (<http://dx.doi.org/10.5944/etfii.22.2009.1743>).
- Fernández Götz, M. – Ruiz Zapatero, G. (2011): “Hacia una Arqueología de la Etnicidad”, *Trabajos de Prehistoria* 68/2, 219-36 (<http://dx.doi.org/10.3989/tp.2011.11067>).
- Fernández Flores, A. – Rodríguez Azogue, A. (2005): “Nuevas excavaciones en el Carambolo Alto. Camas (Sevilla). Resultados preliminares”, [en] J. Jiménez Ávila – S. Celestino Pérez (coords.), *El período orientalizante. Protohistoria del Mediterráneo occidental* (=Anejos de *AEspA* 35), Madrid, 843-862.
- Ferrer Albelda, E. (1998): “Suplemento al mapa paleoetnológico de la Península Ibérica: los púnicos de Iberia”, *Rivista di Studi Fenici* 26/1, 31-54
- Ferrer Albelda, E. – García Fernández, F. J. (2002): “Turdetania y turdetanos: contribuciones a una problemática historiográfica y arqueológica”, *Mainake* 29, 133-151.
- García Cardiel, J. (2019): “Revestir el poder en tiempos de cambio: el uso de la toga entre las elites ibéricas (ss. II-I a. C.)”, *Archivo Español de Arqueología* 92, 155-171 (<http://dx.doi.org/10.3989/aespa.092.019.008>).

García Fernández, F. J.

(2007): “Etnología y etnias de la Turdetania en época prerromana”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 33, 117-143 (<http://dx.doi.org/10.15366/cupauam2007.33.006>).

(2019): “Deconstructing «Turdetanian Culture»: Identities, Territories and Archaeology”, [en] Cruz Andreotti (ed.), 2019, 46-69.

García Fernández, F. J. – Bellón Ruiz, J. P. (2009): “Pueblos, culturas e identidades étnicas en la investigación protohistórica de Andalucía, II. De la posguerra al cambio de siglo”, [en] Wulff Alonso – Álvarez Martí-Aguilar (eds.), 2009, 75-132.

García Fernández, F. J. – Fernández Götz, M. (2010): “Esencialismo, normativismo, posmodernismo: las interpretaciones sobre la etnicidad en la Arqueología española”, *Gerión* 28/2, 53-84.

García Santos, J. C. (2021): *La institucionalización de la prehistoria en la universidad española*, Tesis doctoral de la Universidad Complutense de Madrid.

Gómez Espelosín, F. J.

(1999-2000): “Apiano y la antigua tradición geográfica griega”, *Geographia antiqua* 8-9, 15-24.

(2022): “De las columnas a los Pirineos: Apiano y la geografía de la Península Ibérica”, [en] F. J. Gómez Espelosín – J. Gómez de Caso Zuriaga (eds.), *En torno a las raíces de Europa: estudios en honor del profesor Luis A. García Moreno*, Alcalá de Henares-Sevilla, 237-260.

González de Canales, F. – Serrano Pichardo, L. – Llompart Gómez, J. (2003): *El emporio precolonial de Huelva (ca. 900-770 a.C.)*, Madrid.

González Ponce, F. J. (1995): *Avieno y el periplo*, Sevilla.

González Rodríguez, M^a C.

(1986): *Las unidades organizativas indígenas del área indoeuropea de Hispania* (=Anejos de *Veleia* 2), Vitoria-Gasteiz.

(2005): “El bárbaro y lo bárbaro en la obra polibiana”, [en] Torregaray Pagola – Santos Yanguas (eds.), 2005, 141-171.

González Rodríguez, M^a C. – Santos Yanguas, J. (eds.), (1994): *Las estructuras sociales indígenas del Norte de la Península Ibérica (Revisiones de Historia Antigua I)*, Vitoria-Gasteiz.

González Wagner, C.

(1983), “Aproximación al proceso histórico de Tartessos”, *Archivo Español de Arqueología* 56, 3-36.

(1986): “Notas en torno a la aculturación en Tartessos”, *Gerión* 4, 129-160.

(1991): “Writing and Problems of Acculturation in Tartessos”, [en] *Phoinikeia Grammata. Lire et écrire en Méditerranée*, Namur, 683-689.

González Wagner, C. – Alvar Ezquerro, J. (1989): “Fenicios en Occidente: la colonización agrícola”, *Rivista di studi fenici* 17/1, 61-102.

Gozalbes Cravioto, E. – González Ballesteros, I. (2007): “Visiones de la romanización de Hispania (1887-1960)”, *Iberia. Revista de Antigüedad* 10, 37-48.

Gracia Alonso, F.

(2009): *La arqueología durante el primer franquismo (1939-1956)*, Barcelona.

(2011): *Pere Bosch Gimpera*, Madrid.

(2021): *Ciencia y política. La organización de la arqueología y la prehistoria en España (1850-1939)*, Barcelona.

Hall, J. M. (2002): *Hellenicity: Between Ethnicity and Culture*, Chicago.

- Haushalter, A. (2019): “La ‘Géographie’ de Ptolémée, une source pour l’historien des communautés politiques de l’Hispania romaine?”, [en] E. Ortiz de Urbina Alava (ed.), *Ciudadanías, Ciudades y Comunidades Cívicas en Hispania (de los Flavios a los Severos)*, Sevilla, 43-60.
- Hernando Gonzalo, A. (2002): *Arqueología de la identidad*, Madrid.
- Hingley, R. (2005): *Globalizing Roman Culture. Unity, Diversity and Empire*, London-New York.
- Hobsbawm, E. – Ranger, T. (2021): *La invención de la tradición*, Barcelona (orig. 1982).
- Janni, P. (1984): *La Mappa e il Periplo. Cartografia antica e spazio odologico*, Roma (existe ed. española reciente: Alcalá-Sevilla, 2023).
- Jones, S. (1997): *The Archaeology of Ethnicity: Constructing identities in the past and present*, London-New York.
- Le Roux, P.
 (2004): “La romanisation en question”, *Annales. Histoire, Sciences Sociales* 59e année/2, 287-311 (<http://dx.doi.org/10.1017/S0395264900003826>).
 (2006a): *Romanos de España: ciudades y política en las provincias (siglo II a.C.-siglo III d.C.)*, Barcelona.
 (2006b) “Regarder vers Rome aujourd’hui”, *Mélanges de l’École française de Rome. Antiquité* 118/1, 159-166 (doi : <https://doi.org/10.3406/mefr.2006.10977>).
- López Castro, J. L (2001): “Las ciudades fenicias occidentales y Cartago (c. 650- 348 a.C.)”, [en] *Os púnicos no extremo occidente*, Lisboa, 57-68.
- López Férez, J. A. (2006): “Los celtas en la literatura griega de los siglos VI-I a.C.”, *Cuadernos de Filología Clásica: Estudios griegos e indoeuropeos* 16, 45-84.
- Lorrio Alvarado, A. (1997): *Los celtíberos*, Madrid-Alicante.
- Machuca Prieto, F. (2019): *Una forma fenicia de ser romano. Identidad e integración de las comunidades fenicias de la Península Ibérica bajo poder de Roma (=SPAL. Monografías Arqueología, 29)*, Sevilla.
- Maluquer de Motes, J. (1955): “El proceso histórico de las primitivas poblaciones peninsulares, I y II”, *Zephyrus* 6, 145-169 y 241-255.
- Marco Simón, F. (2007): “¿De la *feritas* a la *fides*?: identidad, alteridad y transformación identitaria en el mundo romano-céltico del occidente del Imperio”, [en] J. Mangas Manjarrés – S. Montero Herrero (eds.), *Ciudadanos y extranjeros en el Mundo Antiguo: segregación e integración*, Madrid, 85-109.
- Marcotte, D. (2006): “De l’Ibérie à la Celtique: géographie et chronographie du monde occidental avant Polybe”, [en] Cruz Andreotti – Le Roux – Moret (eds.), 2006, 31-38.
- Mattingly, D. (2002): “Vulgar or weak «Romanization», or time for a paradigm shift?”, *Journal of Roman Archaeology* 15, 536-540.
- Mederos Martín, J.
 (2003-2004): “Julio Martínez Santa-Olalla y la interpretación aria de la Prehistoria de España”, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* 69-70, 13-56.
 (2011-2012): “Martín Almagro Basch. Formación y consolidación como Catedrático de Prehistoria (1911-1943)”, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología. Arqueología* 77-78, 335-416.
- Mommsen, Th. (1886): *Römische Geschichte. V. Die Provinzen von Caesar bis Dioklezian*, Berlin.
- Montes López, R. – Villa Valdés, A. (2015): “Una *domus* altoimperial en el castro de Chao Samartín (Asturias): quién, cómo y porqué”, *Férvedes: Revista de investigación* 8, 277-284.
- Mora Rodríguez, G. – Díaz-Andreu García, M. (eds.), (1997): *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*, Málaga-Madrid.

- Morena López, J. A. (2018): *Sincretismo religioso, prácticas rituales y sanación en el santuario iberromano de Torreparedones (Baena, Córdoba)*, Baena-Córdoba.
- Moret, P.
 (2004): “Ethnos ou ethníe? avatars anciens et modernes des noms de peuples ibères”, [en] Cruz Andreotti – Mora Serrano (coords.), 2004, 31-62.
 (2005): “Sobre la polisemia de los nombres íber e Iberia en Polibio”, [en] Torregaray Pagola – Santos Yanguas (eds.), 2005, 279-306.
 (2011): “¿Dónde estaban los ‘Turdetani’? recovecos y metamorfosis de un nombre, de Catón a Estrabón”, [en] M. Álvarez Martí-Aguilar (ed.), *Fenicios en Tartesos: nuevas perspectivas* (=BAR International Series 2245), Oxford, 235-248.
 (2017): *Des noms à la carte: figures antiques de l’Ibérie et de la Gaule*, Alcalá de Henares-Sevilla.
- Most, G. W. (2016): “The Rise and Fall of Quellenforschung”, [en] A. Blair – A. S. Goeing (eds.), *For the Sake of Learning. Essays in Honor of Anthony Grafton*, Volume 2, Boston-Leiden, 933–954.
- Pasamar Alzuria, G. (2004): “Las ‘historias de España’ a lo largo del siglo XX”, [en] R. García Cárcel (ed.), *La construcción de las Historias de España*, Madrid, 299-381.
- Pelegrín Campo, J. (2005), “Polibio, Fabio Píctor y el origen del etnónimo ‘celtíberos’”, *Gerión*, 23/1, 115-136.
- Pereira Menaut, G.
 (1992): “Aproximación crítica al estudio de etnogénesis: la experiencia de Callaecia”, [en] Almagro-Gorbea – Ruiz Zapatero (eds.), 1992, 35-44.
 (2010): “El moderno debate sobre la romanización”, *Veleia* 27, 239-253.
- Pina Polo, F. (2011): “Etnia, ciudad y provincia en la Hispania republicana”, [en] Caballos Rufino – Lefebvre (dirs.), 2011, 39-53 (<https://dx.doi.org/10.12795/9788447230037>).
- Prieto Arciniega, A. (1998): “La aportación de Marcelo Vigil al concepto de Romanización de la Península Ibérica”, [en] “Romanización” y “reconquista” en la Península Ibérica: nuevas perspectivas, Salamanca, 141-154.
- Renfrew, C. (1989): *Archaeology and Language: The Puzzle of Indian-European Origins*, London.
- Roca Barea, E., (2021³⁰): *Imperiofobia y leyenda negra. Roma, Rusia, Estados Unidos y el Imperio español*, Madrid (orig. 2016).
- Ruiz Rodríguez, A. – Bellón Ruiz, J. P. – Sánchez Vizcaíno, A.
 (2006): *Los archivos de la arqueología ibérica: una arqueología para dos españas*, Jaén.
 (2006): “Los archivos de la arqueología ibérica: una arqueología para dos españas”, [en] Ruiz Rodríguez – Bellón Ruiz – Sánchez Vizcaíno, 2006, 35-51.
- Ruiz Rodríguez, A. – Sánchez Vizcaíno, A. – Bellón Ruiz, J. P. (2006): “Aventuras y desventuras de los iberos durante el franquismo”, [en] Ruiz Rodríguez – Bellón Ruiz – Sánchez Vizcaíno, 2006, 67-85.
- Ruiz Zapatero, G. (2009): “Etnicidad protohistórica y arqueología: límites y posibilidades”, *Arqueología Espacial* 27, 13-27.
- Ruiz Zapatero, G. – Álvarez-Sanchís, J. (2002): “Etnicidad y Arqueología: tras la identidad de los vettones”, *SPAL* 11, 253-275.
- Salinas de Frías, M. (1995): *El gobierno de las provincias hispanas durante la república romana (218-27 a.C.)*, Salamanca.
- Sánchez Albornoz, Cl.
 (1949): “Proceso de la Romanización de España desde los Escipiones hasta Augusto”, *Anales de Historia Antigua y Medieval* 1, 5-71.

- (1959): “Panorama general de la romanización en Hispania”, *Boletín de la Universidad de Buenos Aires* 1, 35-74.
- Santos Yanguas, J. (1985): *Comunidades indígenas y administración romana en el noroeste hispánico*, Bilbao.
- Santos Yanguas, J. – Cruz Andreotti, G. (eds.), (2012): *Romanización, fronteras y etnias en la Roma antigua: el caso hispano* (Revisiones de Historia Antigua 7, Anejos de *Veleia*. Series Acta 12), Vitoria-Gasteiz.
- Schulten, A.
(1924): *Tartessos. contribución a la historia más antigua de occidente*, Madrid (orig. de 1922).
(1945): *Historia de Numancia*, Barcelona (original 1914).
- Shennan, S. (ed.), (1989): *Archaeological Approaches to Cultural Identity*, London-New York.
- Smith, A. D. (1986): *The Ethnic Origins of Nations*, Oxford.
- Torregaray Pagola, E. – Santos Yanguas, J. (eds.), (2005): *Polibio y la Península Ibérica*, Vitoria-Gasteiz.
- Van Oyen, A. (2015): “Deconstructing and reassembling the Romanization debate through the lens of postcolonial theory: from global to local and back?”, *Terra Incognita* 6, 205-226.
- Versluys, M. J. (ed.), (2014): *An archaeological dialogue on Romanization. Archaeological Dialogues*, 21/1.
- Vigil Pascual, M. (1963): “Romanización y permanencia de estructuras sociales indígenas en la España septentrional”, *Boletín de la Real Academia de la Historia* 152/2, 225-234.
- Villacañas Berlanga, J. L. (2019): *Imperiofilia y el populismo nacional-católico*, Madrid.
- Wachtel, N. (1974): “La aculturación”, [en] J. Le Goff – P. Nora (eds.), *Hacer la historia*. I. *Nuevos problemas*, Barcelona, 64-82.
- Webster, J. (2001): “Creolizing the Roman Provinces”, *American Journal of Archaeology* 105, 209-225 (<http://dx.doi.org/10.2307/507271>).
- Webster, J. – Cooper, N. J. (eds.), (1996): *Roman Imperialism. Post-Colonial Perspectives*, Leicester.
- Woolf, G. (2014): “Romanization 2.0 and its alternatives”, *Archaeological Dialogues* 21/1, 45-50 (<http://dx.doi.org/10.1017/S1380203814000087>).
- Wulff Alonso, F.
(2003): *Las esencias patrias: historiografía e historia antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*, Barcelona.
(2004): “Estudio preliminar. Adolf Schulten. Historia Antigua, Arqueología y racismo en medio siglo de historia europea”, [en] A. Schulten, *Historia de Numancia*, Pamplona, IX–CCLVI.
(2009): “¿Por qué las identidades hoy? Historia Antigua y Arqueología ante un cambio de paradigma”, [en] Wulff Alonso – Álvarez Martí-Aguilar (eds.), 2009, 11-50.
(2019): “La tabula de Bembibre: indígenas, militarizaciones y Augusto en el noroeste hispano”, [en] M^a C. González Rodríguez – P. Ciprés Torres – E. Ortiz de Urbina Alava – G. Cruz Andreotti (eds.), *A verbis ad scripta. Studia epigraphica et histórica. Homenaje a Juan Santos Yanguas*, Vitoria-Gasteiz, 265-276.
(2021): *Sin noticias de Italia: identidades y pertenencias en la República romana tardía*, Zaragoza-Sevilla.
- Wulff Alonso, F. – Álvarez Martí-Aguilar, M.
(eds.) (2003): *Antigüedad y franquismo (1936-1975)*, Málaga.
(eds.) (2009): *Identidades, culturas y territorios en la Andalucía prerromana*, Málaga-Sevilla.